

# Theophraste Renaudot, médico y padre de la prensa francesa

F. L. Redondo Álvaro

## Introducción:

### El premio Renaudot

Amigo lector, para empezar estas páginas, te ofrezco algunos nombres de literatos franceses, algunos bien conocidos de los públicos internacionales, y que tienen algo en común, no evidente a primera vista: todos son Premio Théophraste Renaudot. Se trata de Marcel Aymé, Louis-Ferdinand Céline, Louis Aragon, Jean Rogissart, Roger Peyrefitte, Henri Bosco, André Soubiran, Jean Reverzy, Michel del Castillo, Jean Joubert, etc. Este premio es uno de los cinco grandes que se conceden cada año en Francia y fue fundado en 1925, aunque el primer premiado lo fue al año siguiente, en 1926, hace ahora ochenta años, exactamente. Su nacimiento tiene cierta historia, que contaré muy brevemente.

Las deliberaciones para otorgar el Premio Goncourt se hacían, en esos años, el primer lunes de diciembre, en vez del primer lunes de noviembre como ahora, a lo largo de una comida en el restaurante Drouant, en

el corazón de París, en una famosa sala oval, la llamada precisamente Sala Goncourt. Estas discusiones eran a menudo largas y tormentosas y los periodistas tenían que esperar horas para conocer el nombre del laureado. En 1925, uno de estos periodistas, Georges Charensol, editor del *Mercure de France*, propuso a los colegas que tenían que cubrir la noticia reunirse a comer el día de la votación, en un pequeño restaurante cercano al Drouant, el Fontaine Gailon, a las once, para hacer más llevadera la espera. Aceptaron todos. Durante la comida otro periodista, Gaston Picard, sugirió: ¿Por qué no damos nosotros un Premio también? Todos estuvieron de acuerdo y así nació el premio. Se decidió que el jurado tendría diez miembros, como el del Goncourt. Las relaciones con los organizadores del premio Goncourt son excelentes y exquisitas. La votación para el Renaudot se hace la víspera del Goncourt y se designan, secretamente, dos candidatos. Sólo por si uno de ellos recibe el Goncourt, en cuyo caso el Renaudot se da al se-

Palabras clave: Theophraste Renaudot. Prensa Francesa.

Fecha de recepción: Noviembre 2006.

gundo seleccionado. Es como un premio hermano, hermano menor, y los ganadores de los dos premios se dan a conocer conjuntamente en el restaurante Drouant. Se le dio el nombre de Théophraste Renaudot, por que se consideró a este, que era médico, el primer periodista de Francia. ¿Un médico, el primer periodista? Pues sí. Y de él vamos a hablar en este sencillo trabajo.

¿Quién es este Renaudot que presta su nombre a un premio literario importante? Pues no se trata de otro literato, en sentido estricto, sino de un médico, como ya hemos dicho, un famoso médico francés del siglo XVII, que aparece vinculado al mundo de la literatura, precisamente porque en el país vecino muchos –entre ellos los que propusieron la creación del premio que lleva su nombre– le consideran el padre, el fundador, de la prensa periódica francesa. A él nos vamos a referir en estas páginas y empezaremos por los aspectos más inequívocamente médicos del personaje, ya que él es, sobre todo, un médico. Un médico inteligente, innovador, inquieto y con inventiva, que inició caminos que, en algún caso, no habían sido hollados previamente. Hace ahora cuatrocientos años que recibía el título de Doctor en Medicina. Comenzaremos por ahí.

### **Renaudot, doctor en Medicina por la Universidad de Montpellier**

En el momento de escribir estas páginas (agosto, 2006) se cumplen casi exactamente cuatrocientos años desde que Théophraste Renaudot fuera con-

sagrado (*sacré*) Doctor en Medicina por la Universidad de Montpellier. Fue el 12 de julio de 1606 y antes, el 5 de abril, tras haber pasado el examen llamado *rigoureux*, había recibido en la misma Universidad el grado de licenciado, de manos del decano Jean Blezin y del profesor Etienne de Pradilles. Este título tenía una relevancia especial en la época puesto que, en virtud de un decreto pontifical, confería al poseedor el derecho para ejercer y enseñar la medicina *hic et ubique terrarum*; o sea, en Montpellier y en todas las tierras, en el mundo entero.

La solemne ceremonia de investidura del grado de doctor, conocida como *l'acte de triomphe*, tuvo lugar en la iglesia de San Fermín, cuya gran campana había estado anunciando el acontecimiento desde la víspera. La facultad, corporativamente y con sus miembros vistiendo las togas rojas, llevaba al doctorando, precedido y presentado por su padrino, al son de músicas y fanfarrias. Después, tras un discurso, pronunciado naturalmente en latín, se le otorgaban las insignias correspondientes, en presencia de una multitud bastante numerosa por lo común. Estas insignias eran un bonete negro rematado por una borla de seda roja, un anillo de oro y un fajín dorado. Se le ofrecía también un libro de Hipócrates y se le hacía sentar al lado del presidente de la asamblea. A continuación se le daba el abrazo ritual y la bendición, al tiempo que se le recomendaba dar gracias a Dios, a la Virgen y a todos sus maestros por los honores recibidos. Finalmente, el nuevo doctor marchaba con

las insignias de su recién adquirida dignidad y repartía entre las damas guantes perfumados, frutos secos y confitados, con lo que se daba por acabada la ceremonia.

Renaudot tenía entonces veinte años. Había nacido en diciembre de 1586, en Loudun (en el actual departamento de la Vienne), ciudad entonces en la cima de su prosperidad y una de las principales villas que se habían concedido a los Reformistas, en una elegante casa, situada en la unión de la Rue des Robins y la pequeña Rue du Jeu de Paume. Su padre, Jean Renaudot, era de religión protestante, maestro (preceptor de la juventud, como se decía entonces) y venía de una pequeña localidad del Maine, Luché, en donde había estado casado con Marie Criton, que le había dado una hija, Marie, y de la que era viudo cuando llegó a Loudun, en 1585. Se casó allí con Cécile Fournau, también protestante, de una antigua familia burguesa de la ciudad, naciendo de esta unión, además de Théophraste, el primogénito, cuatro hijos más: Juan, Eusebio, Daniel y Charlotte. Sólo mencionaré de estos hermanos a Eusebio, porque el pobre, muy joven, siendo escolar en Saumur, murió ahogado en el río Loire, en agosto del 1611.

El padre parece haber tenido cierta relevancia en la comunidad protestante de la ciudad ya que su nombre aparece en bastantes ocasiones en los registros de la alcaldía. Tenía una pequeña nobleza, era *Sieur de Saint-Jean*. La madre murió prematuramente, en 1594, de parto, casi con toda seguridad. Ya en el año siguien-

te Jean Renaudot se casó en terceras nupcias con Jacqueline Jollivard y de esta última unión nació otro hijo, Charles, que tomó más tarde el título, como su padre, de *Sieur de Saint-Jean*. El padre murió en 1598 y de la viuda se sabe que vivía todavía en 1642. Así que Théophraste tenía ocho años cuando murió su madre y doce cuando murió su padre. Quedó, como el resto de sus hermanos, al cuidado de su madrastra.

No tenemos excesivos detalles sobre su vida en estos años. Se sabe que en el mismo Loudun fue alumno de Daniel Boulanger, al que se reputa como uno de los buenos humanistas de su tiempo. En marzo de 1602, con poco más de quince años, Théophraste marchó a París, para seguir cursos de cirugía, con toda probabilidad en el colegio Saint-Côme, que era mucho más tolerante que la Facultad para aceptar a alumnos de religión protestante.

Sorprende —a mí al menos— la minuciosidad con que, en esta época, muchos detalles de la vida más cotidiana son recogidos en documentos de carácter legal, lo que constituye a menudo una importante fuente de información, como en el presente caso. Así, gracias a un documento que nuestro biografiado firmó el 9 de junio de 1604 (con diecisiete años), sabemos que reconoce que él, «*eschollier, étudiant en l'université de Paris y demourant rue et paroisse de Sainct Estienne des Grez*» ha recibido, entre el 25 de marzo de 1602 y el 17 de mayo de 1604, la suma total de «453 livres, 12 sols et 7 deniers, tant pour ses vivres, entretenement d'habituz que

pour subvenir à ses estudes et achepter livres». Conservo, como habrá comprobado el lector, la grafía del francés del siglo XVII, que difiere algo de la actual, pero que es perfectamente interpretable. Por cierto que en este reconocimiento de prestaciones, que habían sido proporcionadas por su tío Charles Fourneau, Sieur de la Briandière y hermano de la madre, se encuentra la primera firma conocida del joven Renaudot.

Muy poco tiempo después de su llegada a París, Renaudot enferma de lo que parece una tuberculosis cutánea (escrófula, *écrouelles*, en francés). Conocemos todos estos detalles gracias, otra vez, a un documento curioso, que revela además cómo se hacían algunos de los «contratos de tratamiento médico» —creo que se les puede llamar así— en la época. En efecto, este contrato especifica que el 15 de julio de 1602, Martin Fourneau, maestro boticario (*maître apothicaire*) en Loudun, otro de los tíos maternos de Théophraste y que era también tutor suyo, «estant de present en ceste ville de París, logé rue neufve Nostre-Dame, en la maison où pend pour enseigne le petic Saincy-Jean» establece un contrato de cuidados con otro boticario, Jean Cherbonnel, nativo de Chateugontier, en Anjou, que vive en Lyon y en la actualidad reside en París, alojado en la Rue de la Harpe, en casa de Jean Paradis, maestro barbero y cirujano, por el que el nom-

brado Cherbonnel había de «panser et médicamentier jusques à playne et entière guerison Théophraste Renaudot de la maladie scrofuleuse, autrement dite escrouelles dont ledit Renaudot est malade et blessé sur le nez et aux deux joues moyennant la somme de 15 escus soleil qui lui sera remise si tost et incontinent qu'il aura guéri entièrement et rendu sain ledit Renaudot»\*.

El 21 de diciembre del mismo año se le paga la cantidad convenida en el contrato al dicho Cherbonnel. De ello parecería deducirse que la curación fue considerada razonable. Es muy posible, sin embargo, que no fuera perfecta o que hubiera una recaída posterior. Lo cierto es que la mencionada enfermedad dejó sus huellas para siempre en el rostro de Théophraste y fue la causa de un cierto hundimiento de la nariz, que más tarde Michel Lasne, cuando hizo el grabado de Renaudot, en 1644, trató de disimular y hermohear (figura 1). Esta desgracia, sobrevenida en esa edad tan joven y delicada (Théophraste tenía entonces diecisiete años) quizá marcó en alguna medida la personalidad de nuestro médico. Lo que es indudable es que dio motivo a bromas o ataques de sus enemigos, entre ellos algunos médicos de París y, sobre todos, aquel terrible y cáustico Guy Patin, decano durante un tiempo de la Facultad de Medicina, famoso en la historia de la profe-

---

(\*) Hacer curas y dar medicamentos hasta la plena y entera curación a Théophraste Renaudot, de la enfermedad escrofulosa, también llamada *escrouelles*, de la que el dicho Renaudot está enfermo y afectado en la nariz y las dos mejillas, mediante la suma de quince escudos soles, que le será entregada tan pronto e inmediatamente como haya curado por completo y devuelto a la salud al dicho Renaudot.



Figura 1.

sión y del que hablaremos más adelante en estas páginas.

No tenemos muchos datos de Renaudot desde el final de estos años de París hasta su graduación como doctor en Montpellier, dos años más tarde, y sólo podemos hacer conjeturas. Consta que Renaudot se matriculó en la facultad de Medicina de Montpellier el día 14 de noviembre de 1605, ya que se conserva su inscripción, redactada en latín y firmada por él mismo, en el registro de matrículas de dicha universidad. En dicha inscripción se hace notar, de acuerdo con la traducción, que «el solicitante ha sido juzgado digno, y con todas las condiciones requeridas cumplidas, para ser inscrito entre los estudiantes de medicina, y ha sido recibido a la Matrícula bajo el procanciller Varandal». Por otra parte, se conocen bien las fechas en que Renaudot recibió los distintos títulos, que se han mencionado antes. Ape-

nas transcurren ocho meses entre la fecha de matrícula en Montpellier y la de obtención del grado de doctor. Como el colegio de Cirugía en el que estudió en París no era entonces un organismo oficial y no tenía relación alguna con la facultad de Medicina, los estudios que realizó allí Renaudot no parece que pudieran facultarle para su matriculación en Montpellier. De todo ello, y por una carta del propio Renaudot, publicada por La Bourlière en el siglo XIX, en la que se evidencia una gran estima por los doctores de Poitiers, el profesor François Granel piensa que, entre París y Montpellier, Renaudot probablemente participó en algunos cursos de medicina en la ciudad de Poitiers, en su región natal del Poitou. Sólo así pudo obtener tan rápidamente, incluso considerando su gran capacidad de trabajo y su genio, los grados académicos de Montpellier. No existen documentos que sustenten esta hipótesis, pero no parece infundada. Hay que reconocer, en todo caso, que el tiempo dedicado por Renaudot en Montpellier a los estudios concretos de medicina, sin contar con los del colegio de cirugía de París, fue más bien escaso.

Una vez obtenido el título de doctor, e incluso antes, inmediatamente tras la licencia, sus antiguos maestros le invitaron a participar en tribunales de examen de otros estudiantes, lo que es una prueba de estima y consideración, aunque no se trate de algo completamente inhabitual en aquel tiempo. Así llega el final de 1606 y entonces, como él mismo cuenta, «sachant que l'âge est nécessaire pour

autoriser un médecin» y siendo él un joven de veinte años recién cumplidos, decide viajar «dedans et dehors le royaume» para perfeccionarse en la práctica médica. Y estamos otra vez en la penumbra. No se sabe en realidad en dónde estuvo. Quizá en Italia o Alemania o Suiza o incluso en España. Sólo se sabe con seguridad que en abril de 1607 estaba en Londres, como se deduce con toda certitud de una carta que escribe allí y que viene fechada.

### Una carta al Rey de Inglaterra

No es una carta cualquiera. Es nada más y nada menos que una carta dirigida al Rey Jaime I de Inglaterra, por un jovencísimo médico extranjero, de veinte años, que se encuentra en ese momento en el país. Por este gesto, ya empezamos a ver quién es este hombre, este joven doctor en Medicina.

La carta tiene fecha del 12 de abril de 1607. Se conserva perfectamente en la Hatfield House Library y no puedo dejar de transcribirla, en el francés original: «Sire, le bruit de vos louanges m'a resveillé pour leur venir encores fournir nouvelle matière de leur accroissement. Si Vostre Majesté juge

*que ce soit quelque chose d'avoir passé en ce royaume, pour le seul désir que j'ay de luy communiquer une affaire, de plus grande importance qu'on ne scaurait croire avant que de l'avoir ouÿe; si Elle croit que le sage ne doit jamais rien mespriser de peur que pensant ne rejeter rien, il ne rejete quelque grande chose, il luy plaira prendre en gré l'offre que je luy fay de luy venir particulierelement traiter d'un sujet incommunicable à aucun autre, et ce, incontinent après l'assurance que j'auray qu'Elle prendra plaisir que ceste mienne proposition en toutes ses dependances soit libre, et Dieu fera qu'en constreschange d'une si grande débonnaireté Elle trouvera en cecy un établissement et augmentation de son règne, un advancement de celuy de Dieu, et un bien universel pour tout le monde.*

*De la main et du coeur de celuy qui fest estat de demeurer toute sa vie, Sire, vostre plus humble, plus affectionné et plus fidèle serviteur. Théophraste Renaudot, docteur en médecine»\*.*

Como puede observarse, el joven Renaudot no carece de atrevimiento y se dirige, recién llegado a Inglaterra,

---

(\*) Sire, el rumor de vuestras alabanzas me ha despertado para venir a proporcionar aún nueva materia para su acrecimiento. Si Vuestra Majestad valora en algo el que haya venido a este reino por el solo deseo que tengo de comunicarle un asunto, de la más grande importancia, que no se podría creer antes de oírlo; si cree que el prudente no debe jamás despreciar nada por miedo de que, pensando que no pierde nada, rechace alguna cosa grande, le placará tomar en consideración la oferta que le hago para venir a tratar específicamente un tema incommunicable a cualquier otro, y esto, entendiendo la seguridad que tendré de que mi proposición en todos sus aspectos sea libre, y Dios hará que a cambio de una tal bondad encontrará en esto un fortalecimiento y aumento de su reino, un avance para el de Dios y un bien universal para todo el mundo.

De la mano y del corazón de quien hace votos de permanecer toda su vida, Sire, vuestro más humilde, más afectuoso y más fiel servidor. Théophraste Renaudot, doctor en Medicina.

al rey de un país que no es el suyo, para proponerle, a él y a ningún otro, asuntos de la mayor importancia, para el propio rey, su país, el reino de Dios y, en fin, el mundo entero. Renaudot tiene entonces veinte años, ¿cuándo se van a hacer este tipo de grandiosas ofertas, si no se hacen a esa edad?

No se sabe si el rey le concedió audiencia, aunque lo más probable es que no. Tampoco se menciona en ningún lugar el contenido de la misma y sólo cabe conjeturar que probablemente sería de la misma naturaleza de las que luego, a lo largo de su vida, hizo al rey y gobierno de Francia y que han hecho de este médico *loudunois* un personaje histórico. Si es así, esto indicaría que las ideas por las que se distinguió tan notablemente habían madurado bien temprano en su cabeza y cautivado su imaginación. Que esto ocurriera cuando era aún casi un adolescente podría tener que ver con el favorable ambiente intelectual en el que se desarrolló desde muy pequeño y que respiró en su propia casa. A todo ello nos referiremos a continuación.

### Los años de Loudun

Si en 1607 está en Londres, en junio de 1608 está de nuevo en Loudun porque, precisamente el día diez de ese mes, firma ante el notario maître Aubery, el «contrat et traité de mariage» con la señorita Marthe du Moustier, hija de un comerciante de la ciudad, lo suficientemente rico como para poder otorgar una dote de 3600 libras. El matrimonio se celebró muy

poco tiempo después y ya tenemos a Renaudot, que parece que tiene prisa en esta vida, casado, con la carrera terminada y con algún viaje de ampliación de estudios realizado también. Listo, en fin, para ejercer su profesión. Tiene veintiún años. Probablemente, porque sus hermanos estudiaban o trabajaban fuera, los recién casados vivieron en la casa paterna de Théophraste durante los 17 años que duró su estancia en Loudun, de 1608 hasta 1625, fecha en que se trasladan definitivamente a París. En estos años parece seguro que durante cortos períodos de tiempo, Renaudot se vio obligado a residir en la capital, junto a la Corte. Como apuntábamos antes, Renaudot va de prisa y en el 1610 ya tiene un hijo, Isaac. Vienen después Teofrasto, en 1611; Eusebio, en febrero de 1613, etc. Así al menos nueve hijos, hasta Antoine, nacido en enero de 1625, ya muy poco antes de la marcha de la familia a la capital del reino.

Hasta ahora ha tenido una vida relativamente normal y acomodada a los usos del momento. En Loudun vivieron una situación próspera, en lo económico y en lo profesional. Renaudot se dedica plenamente a su quehacer médico, tanto en el terreno de la práctica clínica como en el de la experimentación. Una idea de sus logros y éxitos nos la da él mismo cuando, bastante más tarde, en 1642, en el curso de ciertas polémicas, estimó oportuno recordar su vida profesional en su ciudad natal: «*Ce qui reste de médecins fameux en Poitou dira si j'avais quelque employ, voire si ma réputation était médiocre en cet art. J'ai*

*encore pour témoin tout le Loudunois et la noblesse d'alentour où s'étendait l'exercice de ma charge, J'employai la relâche que me donnaient les malades à de fréquentes anatomies, à la connaissance des simples et à la propagation des remèdes plus curieux, comme le témoignent les livres que j'en donnai alors au public*\*. Hasta muy recientemente, solo uno de estos libros a los que se refiere era conocido. Trataba de la descripción de un medicamento ideado por el propio Renaudot, el Polychreston, que era vendido al público por un amigo suyo, el maestro boticario de Loudun, Jacques Boisse. El medicamento era algo complicado, si se tiene en cuenta que estaba compuesto de unas 83 sustancias vegetales, minerales y otras, en forma de un electuario líquido, integrado por un polvo y varios jugos, siropes, miel y confituras. Para que el lector entienda y justifique la complejidad del remedio es importante que se haga cargo de que servía para muchas cosas, siendo prácticamente infalible contra la «parálisis, la apoplejía, el vértigo, el mal caduco, la melancolía, las enfermedades contagiosas, la gota y otras infinitas enfermedades...». El medicamento estaba ya disponible en 1619, con un Renaudot que tiene entonces 33 años, y parece que era vendido no solamente en la región sino fuera de ella y hasta el extranjero.

(\*) Los médicos famosos que quedan en Poitou dirán si yo tenía algún empleo, o si mi reputación era mediocre en este arte. Tengo todavía por testigos a los propios loudunois y la nobleza de los alrededores hasta donde se extendía el ejercicio de mi cargo. Empleaba el tiempo libre que me dejaban mis enfermos en frecuentes anatomías (disecciones), en el conocimiento de los «simples» y en la propagación de los remedios más curiosos, como lo testimonian los libros que di al público en este tiempo.

No sé, en realidad, desde cuando Renaudot empezó a utilizar terapéuticamente su Polychreston, aunque no debió de ser en fecha muy anterior a la mencionada de 1619. En cualquier caso, esta es la fecha de publicación de la pequeña obra en que se describe, impresa en Loudun por Quentin Mareschal (figura 2).

## DESCRIPTION D'VN MEDICAMENT APPELLE POLYCHRESTON.

*Dispensé publiquement par Jaques Boisse  
Maistre Apotiquaire en la ville de  
Loudun, le 4. Decembre 1619.*

*Avec la l'arangue faite sur ce subiect, par Theophraste Renaudot Docteur en Medecine, Conseiller & Medecin du Roy, deusor Messieurs les Députez des Eglises Refformées de ce Royaume assembléz à Loudun par permission de sa Maicte.*

*Dediée à Messieurs de l'Assemblée.*

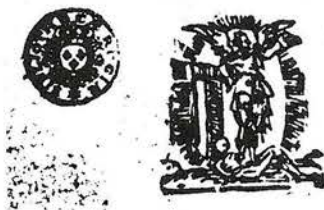


Figura 2.

Que es a su vez el contenido de la comunicación pública que Renaudot hace del medicamento, el día 4 de diciembre de 1619, ante los diputados de las Iglesias reformadas de Francia, reunidos en Loudun, con el permiso de Su Majestad.



Esta era la única obra conocida del Renaudot de este período, hasta 1972. En ese año, Howard Solomon, haciendo una tesis sobre Renaudot, publicada por la Universidad de Princeton, señala la existencia de otra pequeña obra de este tiempo, que había permanecido ignorada hasta entonces. Se trata de un *Discours sur le squelette, c'est-à-dire sur le os de l'homme, avec une leçon anatomique faite ensuite sur le même squelette*. En realidad, es la presentación escrita de otra comunicación oral de Renaudot, hecha ante un público parecido al señalado anteriormente, en una reunión celebrada esta vez el 7 de enero de 1620. Como la otra, fue publicada para ser distribuida entre los miembros de la audiencia y así se puede leer, en ambas, que está dedicada a los Señores de la Asamblea. La Asamblea, por su parte y para testimoniar su agradecimiento a Renaudot, decidió regalar al médico conferenciante «une pièce d'argenterie». Traduciendo, la consabida bandeja de plata de nuestros días.

### El ambiente intelectual de Loudun

Loudun estuvo habitada desde los tiempos prehistóricos y en algún momento estuvo poblada por celtas, romanos, etc. A raíz de la promulgación por Enrique IV de Francia del Edicto de Nantes, el 13 de abril de 1598, que garantizó una cierta libertad religiosa para los protestantes del reino, los Hugonotes, a los que se permitían actos religiosos públicos en ciertos lugares (aunque no podían celebrarlos en París), la ciudad fue considerada

como una de las «places de sûreté» que se contemplaban en el edicto, lo que hizo que surgiera en ella una potente comunidad protestante, activa, mercantil y trabajadora, que fue capaz de llevar un alto grado de prosperidad a la zona. Aunque algunas de las cláusulas del Edicto fueron anuladas más tarde por el cardenal Richelieu, que las consideraba como un peligro para el Estado, tras la llamada Paz de Alès, en 1629, no fue hasta el 18 de octubre de 1685, con la revocación del Edicto de Nantes por Luis XIV, cuando fueron prácticamente abolidas las libertades civiles y religiosas. En esta última fecha, y sólo en unos pocos años, más de 400000 hugonotes franceses emigraron a Holanda, Prusia, Inglaterra y América, privando a Francia de una población industriosa y comercial, y causando, en el caso de Loudun, una auténtica ruina. La ciudad que, como dijimos, había alcanzado su máximo esplendor en el siglo XVII, vio reducirse su población de 15000 habitantes a unos 3200, en sólo unos meses, con la marcha de una importante masa de artesanos y prósperos comerciantes, que optaron por abandonar el reino.

Renaudot vivió, pues, en el momento de máxima prosperidad de la ciudad y en el seno de una familia acomodada, lo que, como señalábamos antes, hubo de influir en su precoz desarrollo. Él mismo fue un miembro destacado de su comunidad después. Para dar una idea de ese ambiente estimulante que rodeó la estancia del médico en su ciudad, hasta que la abandonó definitivamente para marchar a París, es necesario mencionar

muy brevemente algunos hombres que jugaron un papel no desdeñable en la fijación y consecución de las ambiciosas metas que Renaudot se había marcado, probablemente desde una edad muy temprana. Parte de lo que ampliamente logró más tarde en París tiene su inicio, y hasta su explicación, en estos años, nada oscuros o insignificantes, de Loudun. Estos hombres son, por lo menos, François Le Clerc du Tremblay, Urbain Grandier, Scévole de Sainte-Marthe, Ismaël Boulliau (padre e hijo), Louis Trincant y el propio cardenal Richelieu. De todos ellos diremos algo.

Recuérdese, para que se vayan ajustando los acontecimientos, que el cardenal Richelieu, tras siete años de exilio del poder, de 1617 a 1624, entra en el Consejo del Rey en abril de este último año. Muy poco tiempo después, al año siguiente, Renaudot se traslada a París, con toda su familia y empieza lo más importante de su obra. Digamos algo sobre estos personajes que he traído a esta historia y sobre los años de Loudun, con Renaudot ejerciendo su profesión en la misma con innegable éxito, según todos los testimonios disponibles.

Cuando Renaudot vuelve a Loudun, con su título doctor en Medicina por la Universidad de Montpellier, sus padres hace ya mucho tiempo que han muerto, aunque sigue viva su madrastra. El círculo en el que ahora se mueve Renaudot no puede, por consiguiente, deber nada directamente a la influencia paterna y es fruto exclusivo de la personalidad y conexiones del médico, que parece ocupar una posición destacada en el conjun-

to de la comunidad. Tiene una práctica profesional brillante, realiza algunos estudios médicos de cierta notoriedad y es un hombre ambicioso, con una clara facilidad para concebir ideas y proyectos novedosos, como demostrará muy pronto. Ya es, desde 1612, médico ordinario del rey, lo que demuestra que ha empezado, desde su ciudad natal, a acercarse al poder y a las inmensas posibilidades que ello supone. Pero hablemos de los hombres a los que me referí hace poco.

Loudun era un centro de actividad intelectual, integrado por personas de diversa relevancia, algunas de gran significación en el mundo del poder y de la cultura, con proyección hasta el mismo París y el país entero. Por todo ello no es de extrañar que parte de la carrera «política» de Renaudot se inicie ya desde entonces e incluso que, aunque la marcha definitiva a París no llegue hasta 1625, en estos años, durante ciertas temporadas haya podido residir allí. El 14 de octubre de 1612 recibió el nombramiento de médico del rey, con una suma de 600 libras y el encargo del ordenamiento general de los pobres del reino. Más tarde, en 1619, fue investido con el título de Comisario General de Pobres. Todo esto es la consecuencia de ese núcleo, ese «lobby», de indudable influencia que agrupa a los intelectuales de Loudun, organizados alrededor de la figura de Scévole de Sainte-Marthe, un conocido poeta, erudito y gramático, que gozaba de gran prestigio en Loudun y en toda Francia. Él fue probablemente el nexo de unión entre los demás personajes.

Sainte-Marthe (1536-1623) es un personaje que atrae inmediatamente y suscita cálidos afectos. Había nacido en Loudun y su nombre era Gaucher, pero se lo cambió, según la costumbre de los humanistas de la época de atribuirse nombres griegos o latinos. Lo cambió por Scévole. Estudió con maestros de cierta altura como Turnèbe, Muret o Ramus y a la edad de diecisiete años ya tradujo al latín tres Salmos, a partir de una paráfrasis de Apolinar, seguramente Apolinar el Joven. También acabó la *Medée*, de Jean de La Péruse, que era considerada entonces una obra maestra, aunque nadie la conozca hoy. *Sic transit gloria mundi*, esas cosas pasan. Fue nombrado controlador de finanzas para el Poitou y esto le llevó a la ciudad de Poitiers, de la que fue dos veces alcalde. También fue elegido presidente de los Tesoreros de Francia y esta asociación le pidió que se dirigiera al rey para tratar de lograr la supresión de un edicto que lesionaba los intereses de la corporación. Se cuenta que el rey, después de haberle oído, dijo: «No hay edictos capaces de resistir una lengua tan elocuente». Y revocó el edicto. De hecho, el rey quiso nombrarle Secretario de Estado y Sainte-Marthe dejó Poitiers para unirse a su rey, justamente cuando este fue asesinado.

Este erudito salvó a Loudun del pillaje, en 1587, en el tiempo de las guerras de religión y la ciudad le estaba tan agradecida que le nombró «père de la patrie». Era muy querido y respetado allí y en tal lugar decidió vivir los últimos años de su vida. Aparte de las obras ya citadas, escribió ala-

banzas sobre el rey pacificador Enrique IV; una obra en latín sobre franceses ilustres contemporáneos, *Virorum doctrina illustrium, qui hoc seculo in Gallia floruerunt, Elogia*; y —este es un detalle curioso que me interesa especialmente, como médico— un poema didáctico acerca del cuidado y alimentación de los niños, compuesto después de que un hijo suyo sobreviviera a una grave enfermedad, que había resistido todos los recursos de la medicina, tras ser tratado por él mismo, por el propio padre. La obra se llamó *Paedo Trophiae Libri Tres*, tiene unos mil quinientos versos y la dedicó al rey Enrique III, que deseaba ardientemente tener niños. Consta de tres partes. La primera trata de las atenciones prenatales, la segunda de la infancia en general y la tercera de las enfermedades más corrientes de la niñez. Fue impresa por primera vez en París, en 1584.

Sainte-Marthe murió el 23 de marzo de 1623, en los brazos de Urbain Grandier, cuyo nombre ya ha sido mencionado y del que hablaremos luego. Fue este quien pronunció su oración fúnebre y la muerte del prócer fue muy sentida por todos los humanistas y sabios de Francia, que hicieron llegar sus condolencias elogiosas, en verso y en prosa, hasta Loudun. Ya digo que todo lo que leído sobre este hombre revela bondad de carácter y dedicación a los demás. Es, además, un poeta sencillo, delicado y sensible del que querría traer aquí, como muestra, unos versos de su poema *J'ai passé mon printemps*, en el que canta los achaques inevitables que acompañan a la edad avanzada.

Cuando murió tenía ochenta y siete años:

J'ai passé mon printemps, mon été,  
[mon automne;  
Voici le triste hiver qui vient finir  
[mes vœux;  
Déjà de mille vents le cerveau me  
[bouillonne;  
J'ai la face ridée et la neige aux  
[cheveux.  
D'un pas douteux et lent, à trois  
[pieds je chemine,  
Appuyant d'un bâton mes membres  
[languissants,  
Mes reins n'en peuvent plus, et ma  
[débile échine  
Se courbe peu à peu, sous le faix de  
[mes ans\*.

Otro asistente a las reuniones de Sainte-Marthe, François Le Clerc Tremblay, más conocido como «Père Joseph», fue un capuchino ligado a Richelieu, a quien llegó a darse el calificativo de «eminencia gris» y que en 1608, con Renaudot ya instalado en Loudun, fue invitado a predicar en las fiestas de Pentecostés. En una carta a su madre, el capuchino dice claramente que «se hizo escuchar por los herejes no menos que por los católicos», aludiendo a los protestantes del lugar, entre los que se encontraba, naturalmente, Renaudot. Al año siguiente, el padre Joseph vuelve a predicar en diferentes villas del Poitou y la Touraine, empeñado en la reforma

de la vida conventual, residiendo durante algún tiempo en Lenclôtre, muy cercano a Loudun.

De este padre Joseph (1577, París - 1638, Rueil) hablaré sólo un poco ahora, aunque es un personaje verdaderamente notable en la historia de Francia. Había sido soldado en su juventud e ingresó después en la orden de los Capuchinos, siendo provincial en Touraine hacia 1613. Trabajó muy activamente en la restauración del catolicismo, predicó en Italia —en las ciudades más importantes: Roma, Florencia, Turín, etc.— una cruzada contra los Turcos, que no tuvo éxito. También trató de reformar la disciplina de conventos y abadías, que estaba muy relajada, como en el caso de la célebre abadía de Fontevrault. Entró en contacto más estrecho con Richelieu a partir de 1616 —de hecho le facilitó sus contactos iniciales en la corte ya que tenía gran influencia sobre la reina, María de Medicis— y fue desde 1624 su íntimo confidente y su principal agente en asuntos de política exterior. De hecho, él fue el artífice de las varias resoluciones que determinaron la entrada de Francia en la guerra de los treinta años. Se conserva un grabado suyo, hecho por Michel Lasne, el mismo artista que hizo también el de Renaudot. El capuchino era un hombre al que verdaderamente no le interesaba el poder

(\*) Ha pasado mi primavera, mi verano, mi otoño; / he aquí el triste invierno que viene a acabar mis propósitos; / ya mil vientos revuelven mi cerebro; / y tengo el rostro arrugado y nieve en mis cabellos. / Con paso dudoso y lento, a tres pies ya camino, / apoyando en un bastón mis miembros lánguidos, / mis lomos no pueden más, y mi débil columna / se curva poco a poco, bajo el peso de los años.

Nota: Traduzco sólo para que se entienda por los no versados en francés, sin ánimo de perfección, ni en la prosa ni en el verso. Los fragmentos cortos en francés, que se entienden sin dificultad, quedan sin traducir para no hacer innecesariamente enfadosa la lectura.

y sólo soñaba con la grandeza de Francia, con apagar definitivamente los focos de protestantismo en el país y en levantar contra el infiel a todo el Occidente cristiano. Era, sin embargo, astuto, inteligente y poseía minuciosa información de todo lo que ocurría en la Corte, en Francia y el extranjero. Es otro personaje que suscita inmediatamente nuestras simpatías. Su amistad con Richelieu fue sincera e inquebrantable y él se convirtió, después de haber paseado infatigablemente sus hábitos por todas las cortes de Europa, en el más valioso agente del gobernante y en su más inteligente y agudo consejero. Nada se escapaba a su intuición y su perspicacia. Richelieu supo corresponderle y tomó esta cita de genuino agradecimiento de unas de sus cartas: «Vos sois el principal agente del que Dios se ha servido para conducirme a todos los honores a los que me veo elevado». Era verdad. Me conmueven las palabras, mentirosas, de Richelieu en la agonía del amigo. La toma de Brisach por las tropas francesas no había ocurrido aún —aunque sucedería muy poco tiempo después— y era tan decisiva para los intereses de Francia que Richelieu quiso que su amigo muriera con esa alegría. Era el año 1638. El cardenal se inclinó sobre la cama de hierro en la que agonizaba el capuchino para decirle: «¡Padre José!... ¡Padre José!... ¡Brisach es ya nuestro!». Mentiras, benditas mentiras, a veces.

Armand Jean du Plessis Richelieu había sido nombrado obispo de Luçon

en el año 1605, con veinte años, y fue consagrado en Roma en el 1607. Pasa en esta época largas temporadas en la región y vive en ocasiones en su priorato de Coussay, en el nordeste del departamento de Vienne, próximo a Loudun, cuyo clima es mucho más conveniente para él que el del propio Luçon. Parece muy probable que en estos lugares se encontrara con el padre Joseph, antes de su coincidencia en la Corte, y que fuera este quien le presentara a Renaudot, formando más tarde, en París, a partir de 1625, un equipo de colaboradores bastante trabado al que algunos calificaron como la Triple Alianza, nombre en absoluto apropiado en este caso por la gran diferencia de peso político entre ellos y que sólo ha podido ocurrírsele a algún panegirista de Renaudot, descarriado y excesivo. Lo cual no quiere decir que Renaudot no fuera para los otros dos una persona de confianza, de lealtad asegurada y que podía prestarles, como de hecho lo hizo, muchos y no desdeñables servicios\*.

Quizá asistieron los tres juntos, alguna vez, a las reuniones que promovía el prestigioso Sainte-Marthe en su domicilio. Como Ismaël Boilliau, padre del que luego sería un famoso astrónomo, quizá el más grande de su generación, que llevaba el mismo nombre del progenitor y que escribió su *Astronomía Philolaica*, en 1645, considerada la obra más importante entre Kepler y Newton. El padre era notario y procurador en Loudun y tenía,

(\*) Leyendo el testamento de Richelieu veo un bastante modesto legado (dos mil libras) para un señor Renaudot. No sé si se refiere a nuestro médico o a otra persona del mismo nombre.

según su hijo, asistente también desde pequeño a las reuniones —en los hijos, de haber parcialidad en sus juicios, nunca se sabe en qué sentido puede ser, si a favor o en contra— «una mente muy inteligente y un carácter apto a la vez para la seriedad y para el humor». Lo cierto es que el padre hizo también, a simple vista, algunas observaciones astronómicas interesantes, sobre conjunciones y ocultaciones planetarias y también sobre el cometa de 1607 (el que luego fue conocido como cometa Halley) y sobre otro cometa del año 1618. Todos estos datos fueron recogidos por su hijo en sus manuscritos. Este Boulliau hijo, por cierto, defendió con constancia el movimiento de la Tierra, que no era creído por mucha gente todavía, incluso entre los astrónomos. Como sigue ocurriendo incluso ahora, entre las gentes con sentido común, que cada vez somos menos. Dicen que la Tierra se mueve... ¿usted lo nota, usted lo ha visto? Pues, entonces. Louis Trincant era otro de los asistentes a las reuniones; tenía el título de procurador del rey y fue poeta y también un riguroso historiador.

En cuanto al padre Urbain Grandier es claro que, como se verá a continuación, encontró al que luego sería cardenal Richelieu; encuentro que, para algunos, entre los que no me cuento, constituiría un eslabón necesario para explicar el terrible destino del primero. El caso Grandier fue tan famoso en Francia y tan lleno de peripecias de todo tipo que me permitiré, aun alejándome momentáneamente de la historia principal, relatarlo con cierto detalle.

### El trágico proceso a Grandier

Urbain Grandier no nació en Loudun sino cerca de Sablé, en la diócesis de Le Mans, en 1590, en el seno de una familia burguesa, siendo su padre notario real y perteneciendo su madre a la pequeña nobleza local. Fue confiada su educación a los Jesuitas de Burdeos e, influenciado por ellos, fue ordenado a los veinticinco años, aunque solicitó prolongar su noviciado dos años más para profundizar en sus estudios. En julio de 1617, con veintisiete años, toma posesión de una parroquia de Loudun y llega a la ciudad, acompañado por su madre, dos hermanas y tres hermanos, a los cuales consigue puestos de la importancia suficiente como para desencadenar envidias y críticas entre los conciudadanos. Grandier ocupa enseguida una posición ciertamente codiciada, ya que, además de regentar la parroquia principal de la ciudad, la de Saint-Pierre du Marché, es canónigo de la Colegiata de la Santa Cruz, con los estipendios ligados a tal función. Grandier es claramente el hombre de los Jesuitas en Loudun, en donde ya otros monjes, principalmente los franciscanos y carmelitas, instalados allí desde siglos —y también los nuevamente implantados capuchinos, bajo el impulso del célebre padre Joseph—, tratan de contrarrestar la influencia de los protestantes, mayoritarios en la ciudad, quizá de unos 14000 habitantes en el momento. El poder del clero regular es mucho más importante que el del secular y en este escenario los jesuitas, presentes en la villa sólo desde hace unos diez años,

tratan de afianzar, con Grandier ahora, en 1617, su parcela de dominio, alentados por las simpatías de la reina madre y, al mismo tiempo y de manera colateral, minar la autoridad episcopal. Todo esto ha de ser tenido en cuenta a la hora de juzgar el episodio que narramos a continuación. Urbain Grandier es, para decirlo muy resumidamente, un verdadero seductor. Por un retrato que se conserva, y por diversos testimonios, sabemos que era un hombre alto, bien formado, de intensos ojos negros, nariz finamente modelada y una boca bien hecha. Lleva, como era la moda entonces, bigote y perilla y tiene, sobre todas estas prendas, las de una armoniosa y bien timbrada voz y un verdadero talento para la oratoria. Es además inteligente, brillante y culto. En fin, «un homme charmant». Tiene veintisiete años, que tampoco es mala edad para casi nada. Tampoco, por supuesto, para ser prepotente, vanidoso y algo pendenciero, incapaz de hacer mucho caso a los consejos de moderación. Es también arrojado y valiente: se cuenta que durante la terrible peste de 1632, permaneció en medio de sus parroquianos, mientras que todos los médicos habían abandonado la ciudad. Recién llegado, empezó a combatir la influencia dominante de los otros monjes y enderezó sus sarcasmos hacia los franciscanos y capuchinos. También contra los carmelitas que habían obtenido importantes recursos de la comunidad gracias a los milagros atribuidos a la Virgen de Recouvrance. Como consecuencia de sus ironías y maledicencias, se va implantando progresivamente el culto a

otra Virgen, Nuestra Señora des Ardilliers. El joven párroco recuerda a sus feligreses desde su púlpito la obligación que tienen de confesarse en la parroquia, con su párroco, en vez de con frailes extraños. La recomendación es seguida, quizá con indisimulable y entendible entusiasmo, por algunas de las damas piadosas a las que se dirige. Y pronto empiezan las maledicencias, las acusaciones, con razón o sin ella, ¿qué importa eso, qué más da? Se dice, resumiendo mucho, que las feligresas cuando dejan el confesionario del joven sacerdote salen, en vez de absueltas, con un pecado más sobre los que ya tenían. Mal negocio para el asunto de la salvación de las penitentes, si se miran las cosas sanamente.

¿Algún caso concreto? Al Sieur Mousaut du Fresne —es curioso, a pesar del tiempo transcurrido, parece como si costara trasladar ahora al papel estas turbiedades y estas revelaciones con nombres que, al fin y al cabo, son reales, y que resultarían tan aptas, hoy día, para algún programa de televisión de esos de gran audiencia— un alma caritativa, que siempre las hay, le escribe una carta en la que le dice... que si su mujer se confiesa mucho, que si tarda mucho en cada confesión, que parece como si estuviera más guapa y contenta ahora, etc. Lo de siempre. El marido, debidamente alertado, se encuentra en la calle con Grandier, sospecha que este acaba de salir de su propia casa, la del presunto ofendido, y —son muchos indicios ya— cae sobre él con la espada y medio lo mata. Se libró, se dice, gracias a su gran fortaleza física y a

los minuciosos cuidados de su madre. No hay nada como una madre. Se demuestra luego que la esposa no tenía por qué ser acusada de nada, que no había materia, vamos. Y esto, lógicamente, convierte al marido en uno de los más encarnizados enemigos del cura; con algo de razón, si se miran las cosas de una cierta manera. Se arriesga uno ante la justicia, se presenta uno heroicamente a la lucha para lavar el honor y luego resulta que todo es una fruslería, una futesa. Hace falta ser tonto o descuidado para conducirse de forma que, siendo inocente, haga que surjan rumores y se perjudique así, gravemente, a gentes de bien, a los maridos, sobre todo, que no tienen nada que ver en todo esto. En el fondo, le está bien empleado, pensaría el esposo legítimo. Y a esperar la próxima, para tratar de terminar la faena.

El segundo incidente sí es mucho más achacable al temperamento y orgullo de Grandier y de muy distinta naturaleza. Y quizá, para algunos, de insospechables consecuencias. Querría que lo imaginara el lector. Hay una festividad religiosa, celebrada en la Colegiata de la Santa Cruz, que se sigue luego de una procesión a través de la ciudad, y a la que son invitadas todas las autoridades eclesiásticas, entre ellas el prior de Coussay, que es, al mismo tiempo, obispo de Luçon. ¿Quién debe presidir el solemne desfile? El párroco de Saint-Pierre du Marché debe ceder ante el obispo, sin duda. Pero ocurre que Grandier es también canónigo y este tiene precedencia sobre el prior. Grandier, quizá de la manera más imparcial y objeti-

va, juzga que es él quien debe encabezar el cortejo y lo reclama así. El prior, que ya estaba a la cabeza del mismo, «se inclina y cede». Lo malo es que, como se dijo, el prior era también obispo de Luçon y, mucho más importante, que el obispo, si se recuerda, no es otro que Richelieu, que estaba entonces separado del poder, pero que luego —lo que son las cosas— dejaría de estarlo. ¡Aquí se lució Grandier! ¿Quién sabe el papel que jugó, muchos años más tarde, el futuro cardenal en el trágico destino de Grandier? Porque se cuenta que Richelieu no sabía perdonar, que no sabía cómo se hacía eso. Avanzamos ya, sin embargo, que probablemente no hubo nada que reprochar al cardenal en el juicio del clérigo. Quizá hasta hubiera podido tratar de salvarlo, si no hubiera creído en la realidad de su crimen, como probablemente creyó. Pero no adelantemos los acontecimientos.

No puedo dedicar mucho más tiempo a esta historia terrible. Al fin y al cabo, este trabajo es sobre Renaudot, que conoció, eso sí, a Grandier y que debió de compartir con él algunas de las veladas en la casa de Sainte-Marthe, como ya contamos. Este, al que ya hemos mencionado, tiene ahora más de ochenta años y ha vuelto a su tierra natal con la gloria que le valió su intervención a favor de la ciudad durante la época de las guerras de religión, que enfrentaron tan rudamente a los católicos y protestantes en Francia, desde 1562 a 1598. Reúne en su bella mansión a lo más granado intelectualmente de Loudun. Ya he mencionado a algunos de los invitados.



También era habitual Guillaume de Cerizay de la Guérinière, que era poeta, y muchas veces asistían los hijos del propio Sainte-Marthe. Grandier tiene allí sus amigos, muy especialmente a Louis Trincant. Cuando muere Sainte-Marthe, en 1623, es Grandier quien pronuncia su oración fúnebre y lo hace elocuente y emocionadamente, ante una gran muchedumbre. Sus amigos son, pues, poderosos y sus enemigos están, de momento, en silencio. Hasta ahora, gracias a sus amistades y a su habilidad, Grandier ha resultado indemne en todos los asuntos en los que se le ha pretendido involucrar. A partir de ahora, a partir de la muerte de Sainte-Marthe, las cosas podrían empezar a cambiar.

La refinada tertulia se traslada a la casa de Trincant. El ambiente allí es, sin embargo, menos exquisito y baja la altura intelectual de los temas para hacerse mucho más mundanos. Las propias hijas del anfitrión están a menudo en el salón y pronto un rumor insidioso empieza expandirse por la ciudad. Se dice que Grandier ha seducido a la hija mayor, de nombre Philippe, y que esta espera un hijo de él. La verdad es que la propia Madame Trincant, que había muerto ya, había hecho prometer en su lecho de muerte a Grandier que velaría por esta hija y vaya usted a saber lo que entendió el jesuita por lo de velar por la chica, que hay gente que se confunde enseguida. Al principio, el padre no cree el asunto y trata de defender al acusado, pero pronto ha de rendirse a la evidencia. Parece, además, que Grandier reaccionó de

forma innoble cuando conoció el embarazo, descargando toda la culpa sobre la pobre mujer que, cómo es normal en estos casos, tenía sólo la mitad de la culpa, más o menos.

Surge entonces un nuevo escándalo, el de Madeleine de Brou, de unos treinta años, huérfana en aquel momento. Era hija de un consejero del rey y estaba ligada a las mejores familias de la ciudad. Fue también su propia madre, al morir, quien la recomendó a Grandier (algo tendría este hombre, digo yo, que lo recomendaban tan a menudo) y este, después de convencerla para que no ingresara en un convento, siguiendo su primera inclinación, la sedujo tras una resistencia casi heroica por parte de la joven, que no se dejó vencer —ella había rechazado antes todos los partidos que se le habían presentado y había querido siempre profesar como monja a la muerte de sus padres— hasta que él le prometió un extraño matrimonio, que tuvo lugar, clandestinamente, una noche, en la propia iglesia de Saint Pierre du Marché, oficiado por el propio Grandier, para que todo quedara en casa. Para intentar vencer las dificultades opuestas por la joven había escrito un *Tratado sobre el celibato de los curas*, en el sostenía que dicho celibato no deriva de una ley divina, sino que es sólo una regla impuesta por la Iglesia. Por cierto, parece que la consumación del matrimonio hizo a Madeleine tan feliz que casi todo el mundo se lo notaba y los antiguos, y despechados, pretendientes se percataron antes que nadie de la transformación; sobre todo, el que había sido más asiduo cortejador, el

más zarrapastroso, un tal Pierre Menau, abogado real y un ser bastante grotesco, según lo pintan. Se supone que no fueron de los últimos en ir propagando por ahí el milagro, la conversión de la joven, y su más probable y censurable causa.

Nada puede permanecer oculto demasiado tiempo en una situación como la descrita y vuelven otra vez los rumores. En este ambiente, surge ya el primer encuentro grave con la justicia, del que Grandier vuelve a salir relativamente indemne, gracias al apoyo de Jean d'Armagnac, gobernador de Loudun, y, finalmente, a la ayuda del arzobispo de Burdeos, monseñor Henri de Sourdis.

#### **Posesiones satánicas en el convento de las Ursulinas**

Hay más encontronazos con la justicia, de diversa trascendencia. Hasta que en 1632, en una ciudad ensombrecida por la epidemia de peste, estalla el asunto de las Ursulinas, monjas instaladas en la villa unos años antes y que se dedican a la enseñanza de las hijas de buena sociedad. Con la epidemia, las alumnas abandonan el colegio y las monjas se ven reducidas a extrema pobreza. Es entonces cuando empiezan a ser víctimas de alucinaciones, en las que se insinúa enseguida la figura del párroco de Saint-Pierre, y de las que se sospecha un origen diabólico, con comportamientos muy anormales, blasfemias, manifestaciones convulsivas y obscenas. La madre superiora, Jeanne des Agnes, declara haber tenido sueños ilícitos y demoníacos en los que tam-

bién interviene directamente el padre Grandier. Hay diablos de todas clases y nombres: Leviatan, Asmodeo, Behemot, etc., que se meten bajo las costillas de las afectadas, por encima y debajo del corazón, por debajo del ombligo, en la frente... Los exorcistas luchan contra ellos sin descanso, mientras los demonios les insultan, les gritan y denuncian sin cesar a Urbain Grandier.

Todo ello en una ciudad castigada por la epidemia y, un poco más tarde, sacudida por el anuncio del desmantelamiento definitivo del castillo que, aunque decidido desde 1622, había estado demorándose y se aceleró a partir de los años treinta, pero estaba ahora diferido, precisamente por la llegada de la epidemia. Hacia 1634 llega a la ciudad Monsieur Laubardemont, justo para supervisar los últimos trabajos de demolición y para tratar de poner orden en el complicado caso de las posesiones diabólicas. En todo este torbellino, Grandier, gravemente comprometido por las afirmaciones y declaraciones de las monjas, se ha convertido, además, en el más ardiente defensor de la causa del castillo frente a la autoridad central, encabezando numantamente los últimos e inútiles esfuerzos por evitar su demolición. Para terminar de complicar las cosas, circula el rumor de que un libelo injurioso para el cardenal Richelieu, entonces en la cima de su poder, tiene como autor al propio Grandier.

Parece que, en realidad, Grandier jamás había visto a ninguna de estas hermanas Ursulinas antes del proceso. A pesar de todo, las monjas, una

de las cuales era pariente algo lejana de Richelieu, no dejan de asegurar que han sido embrujadas por el párroco y que están poseídas por demonios que siguen escrupulosamente sus órdenes. Durante el juicio, 72 testigos juraron cargos contra el acusado. Otros sacerdotes y monjes, enemigos personales de Grandier, confirmaron a las endemoniadas en sus temores y suposiciones y empezaron, como ya he dicho, a exorcizarlas. Las sesiones eran a veces públicas y atraían multitudes considerables. Duraban horas y en ellas los demonios gritaban con rabia los más variados insultos y denunciaban sin cesar y claramente el nombre de Urbain Grandier. A cada exorcismo, se multiplicaban los trastornos, las convulsiones, los detalles lúbricos y los gritos blasfematorios. Hubo éxitos parciales, sin embargo. Uno de los exorcistas, el padre Surin, que luego acabó loco, logró expulsar, uno por uno, todos los demonios y se afirma que obtuvo una renuncia, firmada por los propios demonios, del pacto de posesión. No menos de ocho demonios lo firmaron, entre ellos Leviatán, Balam, Isacaron y Behemot. Todo por escrito y con las debidas garantías, como debe ser. Con los demonios hay que proceder así, que ya se sabe que suelen ser poco cumplidores y hay que atarlos cortos. Se empezó el proceso contra el párroco, sin demasiado ímpetu, quizá sin ganas de llegar muy hasta el final. El obispo de Poitiers, en cuya diócesis se encontraba Loudun, creía en la culpabilidad de Grandier, pero el arzobispo de Burdeos le creía inocente y lo protegía. Todo parecía que iba a

dejarse languidecer, cuando llegó a Loudun el citado Laubardemont, con el título de intendente de justicia y la misión de controlar la destrucción del castillo. Los intendentes fueron los instrumentos de los que se valió Richelieu para afianzar el poder central sobre las diferentes regiones y aumentar la cohesión nacional. Al contrario de los anteriores procuradores, que sólo poseían derecho de inspección e información, estos intendentes reales gozaban de poder absoluto para dirimir las cuestiones y eran odiados porque representaban la autoridad del omnipotente ministro. Este intendente era un hombre extravagante y sombrío, incapaz de cualquier compasión y con verdadera alma de inquisidor. Los enemigos de Grandier se agruparon en torno a él, avivando el deseo de aniquilar a cualquier posible reo, bien espontáneo en el personaje. Pidió permiso a París para perseguir él mismo al presunto culpable y la autorización llegó. Se ignora el papel que el cardenal Richelieu pudo jugar en todo esto, pero es seguro que la noticia del proceso llegó hasta él. Todo pasaba por sus manos. Mucho más tratándose de un asunto que concernía a una autoridad religiosa, de la región de la que él procedía, y próxima a donde había desempeñado su labor pastoral durante algunos años. Hay además el testimonio del capuchino Tranquille, uno de los exorcistas, que afirma, en un documento que se imprimió en París algo después del suceso, que el rey y el cardenal eran tenidos puntualmente al corriente de los interrogatorios y de

los resultados de los exorcismos por el infatigable Laubardemont.

De lo cual no cabe deducir forzosamente un deseo personal de venganza por parte de Richelieu. Se piensa, con razón, que, tras haber sido imputado a Grandier el libelo contra el cardenal, y teniendo en cuenta las severísimas ordenanzas que castigaban con la pena de muerte a los autores de este tipo de delitos, la justicia no habría tenido problemas para desembarazarse inmediatamente del díscolo párroco, si Richelieu hubiera querido. También se reconoce que este era más bien partidario de la venganza abierta, sin disimulos ni hipocresías. En definitiva, puede pensarse perfectamente que no hubo, en la ejecución de la sentencia contra Grandier, un elemento de venganza por parte del cardenal. Ocurría, simplemente, que este creía en la astrología, en la piedra filosofal y en toda clase de fuerzas o poderes extranaturales, según se desprende de las cartas de Hugo Grocio (1583-1645), el famoso jurista y erudito holandés, que fue embajador en París y conoció sin duda al cardenal (*Grotti Epistolae*, 1636, *pássim*). Richelieu creía honradamente en los brujos, en los endemoniados, en las posesiones diabólicas. Y por ello creyó fatalmente en lo que se dijo —y según el proceso abierto, se demostró— en cuanto al papel de Grandier en los sucesos del convento de Ursulinas. Como había creído en los demonios y en las posesiones el sabio Bodin; como tantas otras personas, incluso entre los protestantes. Como todavía creían Pascal y muchos de los jansenistas. De hecho, el obispo de Poi-

tiers, que jugó un papel importante en el proceso, era amigo de Saint-Cyran, el llamado Jean Duvergier de Hauranne (1581-1643), que fue abad de Saint-Cyran y era conocido al final con este último nombre, para abreviar, fundador del jansenismo y opuesto al cardenal Richelieu, lo que le valió la prisión en algún momento. Richelieu en sus *Mémoires*, expresa muy sinceramente su opinión respecto al proceso de Grandier y también, en su libro *Instruction du Chrétien*, escrito en 1618, en un tiempo muy lejano y anterior al de estos acontecimientos, no deja demasiadas dudas sobre su creencia en la brujería.

Como un argumento más a favor de la no participación de Richelieu en la muerte de Grandier citaré el caso de Mathieu de Morgues, un antiguo servidor del cardenal que se convirtió más tarde en panfletario a sueldo de la reina María de Médicis. Durante doce años persiguió a su antiguo señor con un odio tenaz y constante, no exento de ingenio a la hora de atacar, y que no cedió ni siquiera con la muerte del cardenal. A estos libelos ofensivos e injuriosos, Richelieu hacía que se contestara, naturalmente, pero jamás trató de emplear medios más definitivos para ahogar la voz del libelista. Salvo cuando estaban en juego los sagrados intereses de Francia, el cardenal podía ser paciente y tolerante. Esto no quiere decir que siempre fuera inocente y no contrajera tremendas responsabilidades. De hecho, se cuenta que cuando el Papa Urbano VIII recibió la noticia de su muerte, acaecida el 4 de diciembre de 1642, exclamó: «Si hay Dios (condi-

36

cional este ligeramente extraño en un Papa, pienso yo), el cardenal Richelieu tendrá muchas cuentas que rendirle. Si no hay Dios, ha vivido una hermosa existencia». No era verdad; tuvo una vida constantemente ensombrecida, aparte de por los avatares políticos, por el dolor y la enfermedad. Desde que empezó el proceso, los fenómenos sobrenaturales se exacerbaban y los casos de posesión se multiplicaron. El papel que el deseo de venganza, el odio hacia Grandier, las conveniencias de los distintos estamentos religiosos involucrados, tuvieron en todo esto es difícil de evaluar, pero sin duda su influencia fue decisiva. Cuando se acabó la instrucción del proceso, el obispo de Poitiers declaró probados todos los caracteres de posesión diabólica. Se consultó a la Sorbonne y la famosa universidad estuvo de acuerdo. El rey había designado para el juicio una comisión de catorce magistrados, de los partidos cercanos a Loudun, bajo la presidencia del intendente Laubardemont. Esta comisión, por unanimidad, condenó a Urbain Grandier a ser quemado vivo, aunque se le prometió, como medida de gracia, que sería estrangulado antes de ser quemado. Parece ser, sin embargo, que los monjes que se habían encargado de los exorcismos perseguían tan atrocemente a este desgraciado que tuvieron la horrible malicia de hacer un nudo en la cuerda con la que se pretendía estrangularle para que así no se cumpliera el compasivo propósito y Grandier padeciera el tormento de ser quemado vivo. Un fraile recoleto y dos capuchinos se encarga-

ron de prender fuego a la hoguera. La ejecución tuvo lugar el 18 de agosto de 1634 en la plaza de la Santa Cruz de Loudun. Recuerda, aunque muy vagamente, el caso de Gilles de Rais, quemado vivo en 1440, cuyo enemigo fue otro miembro del clero, Jean de Malestroit, obispo de Nantes. Gilles de Rais fue un barón bretón, mariscal de Francia, que fue juzgado por satanismo y abducción, tortura y asesinato de niños, más de 140. Su nombre se conectó más tarde con la leyenda de Barba azul. Es pertinente señalar que, después de ejecutado Grandier, siguió habiendo casos de posesión diabólica entre las monjas del convento. Y eso que bastantes de los demonios habían renunciado a estas prácticas, por escrito.

Ya hemos dicho que con toda probabilidad Renaudot y Grandier se conocieron en Loudun y debieron de encontrarse en las reuniones de los notables e intelectuales de la ciudad. Renaudot deja definitivamente el lugar en 1625, unos años después de la llegada de Grandier. Cuando este murió, ya se imprimía la *Gazette* y noticias como la relacionada con el proceso se encontraban en ella. De hecho, la noticia de la quema del prelado se recoge en la fechada el 26 de agosto de 1634 y lo que sorprende es la relativa circunspección de la misma, que contrasta con el tratamiento dado a otras informaciones de análoga naturaleza. Seguramente, un último recuerdo, una delicada restricción frente al conocido en desgracia, es la causa de este laconismo. Quizá Renaudot hubiera querido hacer algo más a favor del acusado,

pero le fue imposible. No es el único ejemplo de procesos por brujería y posesión demoníaca en la Francia de la época. En 1611, unos años antes, en Aix-en-Provence, el padre Gaufridi también fue quemado vivo y también hubo muchos rasgos de carácter sexual en las posesiones que se ampararon de algunas monjas. Este fue, por cierto, el primer caso en el que las confesiones de personas poseídas fueron utilizadas como evidencia contra el acusado. Nunca había pasado esto antes, ya que se suponía que, estando poseídos los testigos por el demonio, y siendo estos mentirosos y falsos por naturaleza, poco valor habían de tener sus declaraciones.

### Traslado de Renaudot a París

Desde 1612 Renaudot había recibido títulos que, teóricamente, le facultaban para diseñar y dirigir un vasto programa de reforma social que había ideado desde la juventud y que ya estaba probablemente esbozado cuando se dirigió al rey de Inglaterra, en su famosa carta de 1607. A partir de 1619 era también Comisario General para los Pobres del Reino y seguramente, aunque no es posible saber por cuanto tiempo, debió de residir alguna corta temporada en París. Los procedimientos burocráticos fueron tan lentos que el médico hubo de volver a Loudun, en donde permaneció hasta 1625, cuando se trasladó definitivamente a la Corte. Un año después, y tiene que haber una relación causal, de que el cardenal Richelieu entrara a formar parte del Consejo del

Rey (abril, 1624) y llegara a ser el jefe del Consejo, en agosto del mismo año. En diciembre del año 1626, se convoca una Asamblea de notables y en ella Renaudot expone, de manera estructurada, un plan de actuación práctico y global para luchar contra la miseria que azotaba el país por culpa, entre otras razones, de las interminables guerras. Su informe se llama *Requête au Roi en faveur des pauvres*. He aquí el comienzo de lo que algunos han llamado *Tratado sobre los pobres*: «Sire, lo mismo que Dios, del que Vuestra Majestad es la imagen, conoce bien nuestras necesidades y de todas maneras nos manda solicitárselas, así Vuestra Majestad, aunque bien informado de todos los males de sus estados y de sus remedios, tomará a bien la muy humilde petición de sus pobres súbditos...». A pesar de conocer bien el carácter de las monarquías en los antiguos regímenes, pienso que el lector moderno no es capaz de hacerse una idea exacta del grado de dependencia extrema, por parte de los súbditos, y del poder absoluto, por parte de los reyes, que caracterizaron tales situaciones. La introducción del informe de Renaudot nos da una idea bastante exacta de lo que trato de decir. Frente a una situación social insostenible, incluso con parámetros proporcionados a las circunstancias del momento, las demandas, los planes de actuación han de hacerse con una cautela extrema, con un servilismo difícil de imaginar por los ciudadanos de hoy. Es la monarquía absoluta. Distingue en su informe Renaudot entre los pobres inválidos (los, en el más amplio sentido

del término, enfermos, convalecientes, viejos) y los que llama pobres válidos (aquellos que podrían allegarse sus propios medios de subsistencia, si encontraran el trabajo adecuado). Y añade que los hospitales existentes, si estuvieran bien gestionados, podrían subvenir a las necesidades de los verdaderamente enfermos, mientras que el problema de los pobres válidos es mucho más complejo y ha de ser afrontado y resuelto cuanto antes. Renaudot tiene una amplitud de miras universal y reconoce los aspectos ligados de la pobreza y la menesterosidad. Sabe perfectamente los lazos que unen la miseria y la enfermedad y mueve sus esfuerzos en el campo de lo que hoy llamaríamos medicina social. Por lo que respecta a los pobres válidos, propone la creación de los «bureaux d'adresse». Esta es una vieja idea, de gran simplicidad, y que el propio Renaudot declara debérsela al padre del conocido filósofo Michel de Montaigne. En efecto, este último, en sus *Ensayos*, señala que su difunto padre ya había pensado en la conveniencia de crear lugares en los que se pudieran facilitar los intercambios de información relativos a ventas, compras y trabajos a realizar. Ya en 1612, cuando el rey concede a Renaudot la dignidad de médico ordinario real, se le otorga la facultad de poder establecer estos «bureaux et registres d'adresses», en los que consten todas las disponibilidades y necesidades recíprocas de todos los sujetos del reino. Ese es el planteamiento inicial, la idea motora en torno a la cual se vertebran todos los programas que Renaudot va añadiendo a su plan a lo

largo de los años. Se trata de establecer unas oficinas o despachos de información para reducir el enorme número de vagabundos y mendigos que andan a la busca de un trabajo. Estos serían empleados en la roturación de terrenos baldíos, en trabajos viales, etc. Como se ve, nada que se haya resuelto completamente, incluso en nuestras avanzadas sociedades. Con medidas y remedios inconcebibles hoy: se podía castigar y hasta llevar a prisión a aquellos pobres válidos que rehusaran el trabajo. El problema es tan fácil de señalar como casi imposible de resolver y Renaudot lo sabe. A pesar de todo, a esto dedica toda su energía hasta la muerte y lo va perfeccionado poco a poco, como veremos más adelante. Resumiendo mucho, la solución sería el tratamiento para los enfermos y el empleo para los pobres válidos.

Renaudot pinta un cuadro inmisericorde de la vida de estos pobres válidos, de los que dice que «por sus desechos y suciedad infectan el aire y la tierra de mil enfermedades contagiosas y provocan la cólera del cielo por sus robos, sus juegos de azar, sus blasfemias y profanación de los días, los lugares y las cosas sagradas, sus borracheras, ruidos, vicios, muertes y otros crímenes enormes...». Terrible, pero es el cuadro de la pobreza extrema en cualquier sociedad, en cualquier tiempo. Junto a eso señala la posibilidad, la exigencia en justicia de su redención. Pone el conocido ejemplo del caballo de Alejandro, aquel Bucéfalo, presuntamente indomable y al que, cuando ya los escuderos de Filipo lo descartaban, Alejandro fue

capaz de montar y convertir en su caballo preferido, según cuenta Plutarco. Lo mismo ocurre con estas clases condenadas, dice Renaudot, y afirma que «estos vagos y mendigos, por viciosos que sean, no sólo deben ser protegidos del oprobio y el desprecio a los que nuestra negligencia los abandona y prostituye, sino que debemos hacer de ellos instrumentos para conservación y ampliación de este reino, para vuestra gloria, Sire, nuestro gran Alejandro...». Vuelve Renaudot a adular con el botafumeiro, pero añade inmediatamente: «Sire, hay más de 200.000 mendigos válidos en las tierras de vuestra obediencia y la carestía del trigo, la carga de impuestos, el licenciamiento de las gentes de guerra, las bancarrotas, las usuras, el tráfico de moneda, el lujo y los desórdenes permitidos van muy pronto a añadir otros. [...] Sire, no permitáis que un tesoro tan grande permanezca más tiempo enterrado. Ordenad a estos 'faineantz' (dejo la palabra, con la grafía del siglo XVII, que literalmente significa 'los que no hacen nada') que trabajen, a estos paralíticos que caminen y veréis las maravillas que Vuestra Majestad sabe hacer» (sic). Resumiendo, entre los debidos (indebidos, debería escribir) vasallajes al rey, también se exponen diagnósticos y tratamientos, que no en vano el que escribe el informe es médico.

Amigo lector, ahora tengo que asomarme un poco a estas líneas y confesarte algo. He escrito algunos apuntes biográficos sobre otros personajes —con cierta extensión, sobre Bernardino Ramazzini, el fundador de la Medicina del Trabajo; sobre Girolamo

Cardano, autor del *Liber de ludo aleae*, y su discípulo Ludovico Ferrari, a mi juicio los iniciadores de la teoría de la probabilidad en el siglo XVI; etc.— y siempre he caído en eso que se suele criticar en los muñidores de biografías: una inevitable atracción hacia el personaje, un casi 'enamoramamiento' con el biografiado. No me ha ocurrido con Renaudot y hasta puede que sea injusto en esto, si se consideran las condiciones sociales del momento, las características del poder en las circunstancias concretas. Me explico: me irrita y no puedo disculpar la excesiva obsequiosidad del personaje para con los poderosos. Aunque ya digo que quizá no había otra alternativa, otro modo de actuar. Pero no olvidemos, por otra parte, que nuestro médico ocupa la posición que ocupa, precisamente por su cercanía al poder, a los detentadores del poder, a Richelieu.

Todo es muy complicado y quizá, después de todo, esté siendo injusto con Renaudot por su melosa prosa dirigida al Rey. La verdad es que me asomo a otros textos de la época y veo que es el estilo normal en este tipo de relaciones. Leo, por ejemplo, la carta que escribió el entonces joven Richelieu a la reina María de Médicis, tras el asesinato del rey Enrique IV: «aunque parezca [...] que ya no podemos experimentar alegría, sin embargo sentimos un contento indecible porque Dios ha querido, al darnos a la reina por regente del Estado, llevarnos del extremo mal que nos ha sucedido al bien más útil y necesario que hubiéramos podido desear en nuestras miserias». Por cierto que Richelieu no



envió esta carta directamente a la reina, sino que la remitió a su hermano para que la entregara en mano. Su hermano decidió no hacerlo por razones de oportunidad política. Pero más tarde, en otra ocasión, ya sí escribió otra vez a la reina, en estos términos: «suplico a Dios que acreciente mis años para alargar los vuestros; que, sin privarme de su gracia, me colme de miserias para colmar a Vuestra Majestad de toda clase de prosperidades». Ni siquiera se le entiende bien; la redacción es confusa, servil y decididamente insoportable. Incluso admitiendo que la adulación era casi una forma de cortesía en la época, no es digerible el párrafo.

Para mí, resulta muy difícil conciliar la modosidad, la inadmisiblesuavidad con que redacta Renaudot sus informes y el conocimiento que he ido adquiriendo sobre la situación social en la Francia de la época, que era realmente terrible. En una carta que escribe Gaston d'Orléans a Luis XIII —claro, se me puede argüir, es que le está escribiendo a su hermano; no es lo mismo— se puede leer: «Ni siquiera un tercio de vuestros súbditos en el campo come pan ordinario, un segundo tercio vive sólo de pan de avena y el último tercio no sólo se ve reducido a la mendicidad, sino que muere verdaderamente de hambre y se alimenta de bellotas, hierbas y cosas parecidas, como las bestias. De todos estos, los que son menos de compadecer son los que comen salvado y sangre, que recogen entre los deshechos de los mataderos». Claro, ya lo sé, el que escribe es el hermano del rey y lo hace, además, para atacar

la política de Richelieu. Renaudot, en cambio, es una especie de funcionario, a las órdenes del cardenal.

La situación en Francia sería difícil de imaginar en la actualidad, si no existieran los telediarios con noticias del extranjero. Normandía era la región más rica de Francia. Se la cargó tanto de impuestos que se la llevó hasta la miseria. Entre 1619 y 1639, se sumó la peste, que mató a casi la mitad de la población. En junio de 1639, corrió el rumor de nuevos impuestos y empezaron los más graves desórdenes, matando a pedradas al lugarteniente del presidio de Coutances. El gobierno francés envió en noviembre de ese año ocho regimientos de infantería que ocuparon Caen, derribaron casas y ahorcaron a rebeldes. Fueron después hacia Avranches, en donde hubo trescientos muertos, de los que doce fueron por ahorcamiento, entre ellos el padre Bastard. Todo esto ocurre con Renaudot al frente de la *Gazette* —¿qué podía hacer?, ya lo sé— y al servicio del cardenal, responsable para muchos de las durísimas condiciones de vida que sufrieron los ciudadanos. Más tarde, ya muertos los dos —pero lo quiero citar—, en 1694, en la ciudad de Lyon, como consecuencia de la crisis de la industria de la seda y la consiguiente miseria, el número de muertes, según los informes de la época, respecto al año precedente subió de 57 a 163 en la parroquia de San Jorge y de 19 a 115 en la de San Vicente.

No puedo extenderme más y todo queda quizá un poco vago. El problema de la pobreza, si se mira con detenimiento, es de extraordinaria

complejidad y de muy difícil, quizá hasta imposible, solución. Ni la más moderna o avanzada de nuestras sociedades presentes lo ha resuelto, como es notorio. Pero, en fin, Renaudot lo estudia y analiza claramente y por eso, como hace notar Jean-Pierre Gutton, en su obra *La sociedad y los pobres*, el nombre de este médico francés tiene un lugar en la historia de las ideas sobre el pauperismo.

También Renaudot, en su calidad de Comisario General de Pobres, recibió autorización para establecer una casa de préstamos o monte de piedad. Establecimientos de este tipo existían ya en Italia desde el siglo XV y no nos detendremos ahora más. Es probable que nuestro médico entrara en contacto con la idea en la demanda que la nobleza hizo, en los estados generales de 1614, para tener un monte de piedad para ella misma. En cualquier caso, un primer ensayo de una institución de este tipo, organizada por Renaudot, tuvo lugar en 1626, pero la ejecución definitiva de este proyecto data del 1 de abril de 1637. Se le acusó poco después de obtener ganancias enormes con estos préstamos que se calificaron como usurarios. Sin embargo, el interés que se cobraba era del 3% anual, aunque también es verdad que se era muy prudente a la hora de conceder los préstamos y sólo se daban por un valor equivalente a la tercera parte del valor real de las prendas entregadas como garantía. Parece también que estas prendas se confiscaban en cuanto los deudores no se presentaban en la fecha de término y luego se organizaban subastas para la venta de las mismas. Es

este un aspecto en el que no insistiremos más por alejarse demasiado de nuestros intereses fundamentales en relación con el médico loudonnois.

Desde el principio, señalábamos la importancia de Renaudot en la historia de la prensa escrita y hasta ahora no hemos aportado datos concretos que justifiquen nuestra apreciación. Es que, y eso quiero hacerlo constar aquí, en el mundo intelectual de Renaudot, teñido de ciertos tintes de utopismo, todo está mezclado, quizá porque en la realidad es así también. Muchas de las circunstancias que marginan a los hombres en todas las sociedades están asociadas entre sí, tienden a presentarse juntas y demandan una solución plural, global. Y lo mismo que, en el informe al rey, la crítica se mezcla con la alabanza a todas luces excesiva (para nuestra sensibilidad contemporánea), también en la obra de nuestro médico se advierten rasgos indeseables de utilización de la prensa escrita, de la información, con fines espurios, con intenciones interesadas. Richelieu es el gran protector, el que hace posible todo. ¿Cómo oponerse a que utilice el periódico de Renaudot para su propio provecho, a favor de sus designios? Estamos, naturalmente, en una sociedad de humanos y pocos hombres más humanos en esto que el propio cardenal.

Llegado a París al principio de 1625, Renaudot habita en diferentes casas (todas las direcciones perfectamente documentadas) hasta que el 11 de julio de 1630 se acomoda finalmente en la rue de la Calandre, que ya no abandonará más que para ir al palacio del Louvre, en 1648, a la Grand

Galerie du Bord de l'Eau, donde sus funciones de historiador real le proporcionaron un alojamiento. Así que estuvo dieciocho años de su vida, los más fructíferos, los más apasionantes, en esta casa, que tiene como emblema colgado en la fachada un gran gallo. La casa fue demolida en la remodelación de la ciudad de París por Haussmann, hacia 1855. En la actualidad, queda una placa conmemorativa de mármol blanco en el primer piso del número 8 de la Quai du Marché Neuf.

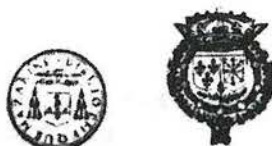
Desde que vive en París, Renaudot empieza a desarrollar sus proyectos. El núcleo central de los mismos radica en estos llamados *bureaux d'adresse* (oficinas de información) que, la verdad, una vez traducido el término, pierden hasta el discreto encanto o exotismo de cualquier palabra escrita en lengua extranjera y suenan como a poca cosa. Lo que ocurre es que, dado el esquema global, integral —hoy, alguien enseguida se aprestaría a llamarlo holístico— de su plan, se convierten muy pronto en algo de mucho más amplio significado. Porque, en efecto, la misión de estas oficinas era proporcionar información de todo tipo, de bienes existentes, de demandas de bienes, de empleos posibles, de trabajos buscados. Algo, en definitiva, relativamente banal. Pero Renaudot es un médico y está preocupado por la sociología de la enfermedad, por la geografía y la génesis de la pobreza, por la interconexión entre todos estos fenómenos. Por eso, en esos primeros documentos escritos que se elaboran en dichas oficinas, los llamados *Inventaires du Bu-*

*reau d'adresse* (figura 3), que empiezan seguramente en el 1629 y tienen una periodicidad trimestral, ya en el de 1630 aparece el siguiente texto: «Los pobres artesanos y otros 'gentes menudas' (traducción literal) enfermas que, por falta de una sangría o cualquier otro remedio ligero, contraen a veces enfermedades largas y peligrosas que les llevan al hospital, encontrarán aquí (en las oficinas de información) la dirección de médicos, cirujanos y boticarios que no querrán ceder a otros el honor de ver, cuidar y preparar gratuitamente los remedios que necesiten las pobres gentes que se les encomienden». Se invita luego a que todos los profesionales indicados envíen sus direcciones a la oficina de información y puedan estar disponibles para esta labor de caridad. Se trata, pues, de una labor de

INVENTAIRE DES ADRESSES DV BUREAU DE  
RENCONTRE,  
Ou chacun peut donner & recevoir avis  
de toutes les necessitez, & commoditez  
de la vie & societe humaine.

PAR PERMISSION DV ROY,  
Conteue en ses Brevet, Arrest de son Conseil d'Etat,  
Declaration, Privilege, Arrest de sa Cour de Parlement,  
Sentence & jugement donnez en consequence.

De die à Monseigneur le Commandeur DE LA PORTE,  
par T. Renaudot, Medecin du Roy.



A PARIS.

A l'enseigne du Coq qui de la Colandre sortant au Marché neuf,  
où ledit Bureau d'adresse est c itibly.

1630.  
pp. 10.

Figura 3.

beneficencia que empieza a organizarse. Téngase en cuenta que esto era totalmente insólito en una época en que los enfermos, o bien se pagaban los cuidados de un médico o tenían que dirigirse a los hospitales, insuficientes por otra parte. Los hospitales rebosaban de enfermos, se llegaba a acomodar hasta doce pacientes en la misma cama y aún así, los pobres en invierno venían a suplicar que se les dejara dormir en las salas, en las que se sabía muy bien que el contagio era incesante. En cuanto se consideraba que los enfermos estaban curados se les ponía a la puerta, pero había que vigilar para que no volvieran a entrar en lo que suponía el único albergue que muchos de ellos habían conocido en sus vidas. Renaudot trata de luchar contra esta situación por medio de una medicina preventiva, capaz de proporcionar tratamientos precoces, con la idea de evitar la progresión de la enfermedad. Utiliza para conseguir estos fines dos herramientas: las consultas clínicas de caridad y los 'hornos'. Enseguida explicamos de qué se trata.

Las consultas están concebidas de manera nueva y original, alejada de la medicina tradicional escolástica. Los martes de cada semana, en la gran sala de la oficina de información (ya se va viendo que no es una oficina cualquiera) se sientan unos quince médicos, doctores de Montpellier, distribuidos en varias mesas. Los enfermos se presentan y, si el caso es simple, un solo doctor les atiende. Pero si el caso es complejo, son varios los médicos que estudian al enfermo y dan su opinión razonada y, tras la discu-

sión entre ellos, dan al enfermo un informe escrito. Como se ve, es una verdadera sesión clínica, en el sentido moderno. Tras esa actuación, los boticarios preparan las medicinas requeridas y los cirujanos realizan las intervenciones pertinentes. La fama de estas consultas creció y empezaron a llegar pacientes que no eran pobres, por lo que en la misma sala se colocó una pequeña caja en la que se podían depositar las aportaciones voluntarias. Para los que no podían contribuir, todo era gratis y hasta se les podía socorrer en algo, con dinero, según las disponibilidades que la liberalidad de los ricos producía. Todo parece que estaba bastante bien ordenado. Se daba un número de entrada a cada paciente y eran vistos, ricos o pobres, cuando les llegaba su turno.

En cuanto a los llamados hornos, se trataba de instalaciones en las que los boticarios pudieran preparar sus medicamentos. En el siglo XVII no era fácil establecer esta especie de laboratorios. Se necesitaba el permiso real y, además, el de la Corte de la Moneda, que vigilaba todo lo que se relacionara con las destilerías, por motivos tributarios obvios. El hecho de que, a partir del uno de mayo de 1638, el segundo hijo de Renaudot, también de nombre Théophraste, entrara como consejero en la citada Corte, no dejó de facilitar las cosas. Por fin, el 2 de septiembre de 1640, una carta de Luis XIII autoriza a Renaudot a realizar todas las prácticas necesarias para el bienestar y alivio de los pobres y particularmente de los enfermos y, con ese fin, le permi-

te tener en su casa hornos y hacer en ellos todas las operaciones químicas con tal de que sirvieran solamente a la medicina.

Ya tenemos una idea un poco más exacta, y de mucha más enjundia, sobre la labor de estas oficinas de información, lo que no excluye otras más evidentes, de anuncio de compra o venta de todo tipo de enseres, etc. Pero aquí, otra vez, el espíritu creador, moderno, innovador de Reanudot vuelve a revelarse, con dos extensiones imaginativas de las consultas médicas. Diremos unas palabras sobre ellas (las conferencias médicas y científicas, y el manual de consultas a distancia) y dejaremos para el final todo lo relacionado con el papel de Reanudot como fundador de su periódico, la *Gazette*, lo que le ha valido su reconocimiento como presunto padre de la prensa francesa.

#### Los interminables procesos y la oposición del famoso Guy Patin

Ya hemos dicho que en la época se distinguía entre los pobres inválidos y los válidos. Frente a los segundos, se tiende a adoptar medidas coercitivas como el internamiento en centros del tipo del creado en París, en 1611, *l'Hôpital des pauvres enfermés*, en el que a los internos se les puede imponer la ejecución de algún tipo de trabajo. Esto responde a la mentalidad de la época, a ideas que han venido desarrollándose desde la segunda mitad del siglo anterior. A los pobres empezó a considerárseles como una amenaza real para el orden público y en Inglaterra Richard Eburne, un

predicador, propuso, en 1624, transportar forzosamente cada año al menos 1600 pobres, dos por parroquia, a las colonias del otro lado del Atlántico.

El caso de Francia es interesante y por ello me demoro un poco en el mismo. A finales del siglo XVI, Barthémemy de Laffemas, chambelán de Enrique IV, sugería la creación de centros de manufacturas, financiados por los empresarios y los comerciantes de las diferentes regiones, para poner a los pobres a trabajar en ellos. En Lyon, las autoridades crearon, en 1614, un «hôpital général» (lo llamaban así) para emplear a los pobres en los trabajos públicos. Los magistrados llegaron a limitar la asistencia sólo para los pobres realmente inhábiles y prohibir la limosna, bajo pena de multa, a los ciudadanos. En París, como vemos, se crea este hospital de pobres recluidos, en el otoño de 1611, se prohíbe la mendicidad y se obliga a los forasteros a alejarse de la ciudad. A los vagabundos se les impone la necesidad de encontrar un trabajo o, en caso contrario, presentarse en la plaza de Saint-Germain, para ser conducidos a cualquiera de los tres hospicios municipales. En un pequeño libro de seis años más tarde, se puede leer que, de los ocho a diez mil mendigos que había en la ciudad, sólo se presentaron en la susodicha plaza 91. En los años veinte del siglo XVII se organiza la Compagnie du Saint-Sacrament, que a partir de 1631 adoptó el programa de reclusión de los pobres hábiles en hospitales generales. Estas medidas tuvieron el suficiente éxito como para suscitar un edicto real, en

junio de 1662, que obligaba a cada ciudad importante de la nación a instituir un hospital general, con vistas a recoger a los mendigos y educarlos en la piedad y la religión cristianas. Se organizaban verdaderas redadas para atrapar a los vagabundos, que habían de ser distinguidos de los trabajadores estacionales. Los que tenían callos en las manos eran dejados en libertad, mientras que los otros eran apresados. De hecho, el padre Yves, de París, protestó con vehemencia sobre este trato y adujo que se les privaba a los pobres del único bien que poseían: la libertad. Vincent de Paul rehusó enviar sus frailes a estos lugares de internamiento forzoso, porque adujo que «no sabía bien si era eso lo que el buen Dios quería».

Volviendo a nuestras más estrictas coordenadas, Richelieu contaba para el desarrollo de sus planes en esta materia con la colaboración de Renaudot y de hecho el nombramiento de éste como médico del rey, en 1612 (un nombramiento que sus enemigos afirman que carecía de verdadera relevancia y era incluso fácil de obtener), coincide con la creación del hospital mencionado. De acuerdo con el propio testimonio de Renaudot, el rey le llamó entonces para resolver la situación de estos pobres válidos y, cuando el hospital empezó a tener serios problemas que amenazaban su continuidad, en 1618, un año más tarde fue confirmado en su cargo de Comisario General de pobres para intentar solucionarlos. Todas estas políticas encuentran obstáculos serios, entre ellos la falta total de recursos, comprometidos en gastos de todo tipo,

incluidos los militares. Por entonces Richelieu se ve obligado a abandonar los entornos del poder y todo ello hace que Renaudot no piense en implementar sus planes de lucha contra la pobreza hasta más tarde, en 1625, cuando viene a vivir en París y el cardenal entra a formar parte de nuevo del Consejo del Rey.

Muchos recursos legales se inician contra Renaudot, referentes a su Bureau d'adresse y sus consultas caritativas. Los alegatos contra estas últimas son promovidos por la facultad de Medicina de París, que en esta época es el centro del galenismo inmovilista e intransigente, se opone al uso de sustancias químicas en el tratamiento de los enfermos y goza de un gran poder fáctico. La facultad de París exigía que todos los médicos que ejercieran en París hubieran tenido su formación allí y no reconocía el título de los graduados en Montpellier. Renaudot y todos los médicos que con él se dedican a las consultas de caridad son precisamente doctores por la Universidad de Montpellier. Los trámites legales, a pesar del apoyo de Richelieu, se eternizan, lo que da idea de la fuerza y poder de la resistencia. Empiezan a circular libelos en contra del loudonois, al que se insulta y se califica de apóstata (había renunciado efectivamente a su fe protestante en 1626), plagiarario y se hacen burlas sobre su nariz, deformada y achatada como consecuencia de la enfermedad contraída de muy joven. Es muy probable también que el cardenal tuviera genuino interés en luchar contra los privilegios y poder de la facultad, que la hacían influyente

incluso en los asuntos de Estado y esto explicaría su encarnizada oposición. De hecho, en algún momento Renaudot obtiene del rey un terreno próximo a la Porte Saint-Antoine, para construir un edificio en donde albergar sus consultas gratuitas, y los maldicientes empiezan a decir que va a ser la sede de una nueva facultad, rival de la de París. Sucede también que los médicos de Montpellier son yatroquímicos, creen en el poder sanador de las sustancias químicas, especialmente en el del antimonio y sus preparados. El campeón de la lucha contra el antimonio, un formidable adversario, no es otro que el célebre y temible Guy Patin. Tenemos que dedicar un ligero apunte biográfico a este personaje.

Guy Patin era algo más joven que Renaudot —había nacido en Houdan, cerca de Beauvais, en 1601— y había estudiado medicina en París. Al terminar su grado de doctor, se dedicó algún tiempo a corregir pruebas de exámenes y el famoso Jean Riolan (1577-1657), el hijo, leyó algunas de estas correcciones y les halló mérito. Este Riolan era un opositor vivísimo a la teoría de la circulación de la sangre, propuesta por Harvey, y dedicó un libro a combatirla de la manera más acre. Patin era absolutamente tradicional en su formación médica y un clásico en su bagaje intelectual. Gran orador, había gente que iba a sus clases en la facultad sólo para escuchar su extraordinario latín y sus bellas palabras. Se cuenta que algunos poderosos no olvidaban colocar un luis de oro debajo de su plato cada vez que se dignaba acompañarles a

su mesa. Amaba las autoridades antiguas más allá de toda medida y afirmaba que no le importaría abandonar este mundo siempre que pudiera ver en el otro a Aristóteles, Platón, Virgilio, Galeno, Cicerón, etc. En 1561 declinó ser médico de la reina Cristina de Suecia. También renunció a una propuesta análoga procedente de la Señoría de Venecia. Jamás iré a ese país, se cuenta que dijo. Es el país de Merlin Cocaë, es la *patria diablorum*. Enemigo acérrimo del antimonio, decía haber compuesto un extenso registro con todos los matados por esta sustancia y llamaba a este registro el martirologio del antimonio. Se promovieron tantas querellas contra este remedio que, finalmente, el Parlamento se vio forzado a intervenir e instó a todos los miembros de la facultad de Medicina para que declararan sobre las presuntas virtudes o peligros del fármaco. Hubo una asamblea y el 29 de marzo de 1666, muchos años después de la muerte de Renaudot, 92 doctores de la misma acordaron incluir el antimonio entre los remedios purgantes.

Patin era un polemista temible y un satírico infrenable. Tenía una gran memoria que le proporcionaba constantemente elementos para sus diatribas. Era temerario, atrevido y absolutamente desconsiderado cuando se enzarzaba en una disputa. Hizo uso de todas esas portentosas facultades en su lucha contra Renaudot. Aunque era más bien de carácter estoico y parecía estar un poco por encima del bien y del mal, el destierro de su segundo hijo, Charles, por haberse enemistado con el príncipe, le ocasionó

nó un violento dolor al que se acusa de haberle llevado a la tumba. Murió el 30 de agosto de 1672, casi veinte años después que Renaudot. No escribió demasiado, pero nos dejó unas bellísimas cartas, bastantes en latín, que han sido editadas en varias ocasiones.

### Las conferencias del Bureau d'adresses

En torno a nuestro médico había ya un grupo de doctores, cirujanos y boticarios de una cierta entidad y empezaba a discernirse, en las consultas públicas y en las discusiones sobre los enfermos más interesantes, un germen de lo que podría ser una especie de academia de Medicina. Se da la circunstancia de que, incluso antes de que Valentin Conrart empezara a reunir, privadamente, en su casa de la calle Saint-Martin, al grupo de poetas que, a partir de 1635 y por voluntad del omnímodo cardenal Richelieu, constituiría la Academia Francesa, Renaudot ya había logrado agrupar en su entorno a médicos, boticarios y otros sabios distinguidos en otras materias, que discutían y se empeñaban en la solución de muy diversos tipos de problemas científicos. Al principio, estas reuniones nacieron de la necesidad, por parte de Renaudot, de discutir sus proyectos con sus más inmediatos colaboradores, pero a estas reuniones se fueron uniendo otros expertos, hasta constituirse en verdaderos comités científicos. También muchos refinados espíritus y gentes de letras, que sabían el local en donde se imprimía la *Gazette* a partir de 1631, empezaron a acercarse por la

calle de la Calandra y discutían allí sobre los más variados temas, de carácter científico, filosófico y social, sin descuidar las noticias que habían aparecido en el periódico y todos los chismes y habladurías de París.

Como consecuencia de esta espontánea agrupación de tertulias, que empezaron hacia finales de 1632 o comienzos de 1633, y por las peticiones que le fueron presentadas en este sentido, Renaudot decidió que el primer lunes del mes de noviembre de este último año se celebrara la que podríamos considerar la primera conferencia formal del Bureau d'adresses, por supuesto en la calle de la Calandra, en la casa con la enseña de Gran Gallo. De ahí en adelante, estas conferencias (figura 4) se tuvieron todos los lunes, desde las 2 a las 4 del me-

## Les Conférences du Bureau d'Adresse



Figura 4.



diodía, siempre en la gran sala de la oficina. Desde las primeras reuniones se acordó dar, al final de cada conferencia, el orden del día de la próxima, con el fin de que los asistentes pudieran preparar las materias y sus respectivas intervenciones. En la mayoría de las sesiones se discutían dos temas, aunque esto podía variar eventualmente. En ellas se hablaba sólo en francés y se trataba de evitar en lo posible el latín y el espíritu pedantesco en las exposiciones. Renaudot escribe sobre estas conferencias: «El joven allí adquiere modales, el viejo refresca su memoria, el docto se hace admirar, los otros aprenden y todos encuentran una distracción honesta». Y hay algo también muy curioso, y prudente, en ellas. La maledicencia está prohibida y, para evitar que los espíritus se calienten con los temas de religión, se decide que todo lo que la concierne será enviado a la Sorbonne. Y, todavía más sutilmente, los misterios de los asuntos de Estado, teniendo también la naturaleza de las cosas divinas, de las cuales los que hablan mejor son los que hablan menos, también se enviarán a las instancias que se juzgue convenientes. En otras palabras, se puede hablar de lo que se quiera, excepto de religión y de política. Medida sabia de la que, en tiempos pasados, conservaba la tradición en algunas de nuestras tabernas. Yo he visto, muy claramente escrito en algún anuncio, establecimientos de estos en los que se prohibía tajantemente hablar de política. Junto a otras prohibiciones igualmente juiciosas, como la de escupir

en el suelo. Se estaba en todo, entonces.

Un detalle más que ejemplifica lo tantas veces dicho sobre la conveniencia de aunar distintos saberes, sobre el error de refugiarse en una sola área de conocimiento. Renaudot es, sobre todas las cosas, un médico. Sin embargo, es un hombre versado en otras ciencias, con gran capacidad de invención y que medita seriamente sobre la naturaleza del conocimiento y sobre las vías de abordaje para llegar a la verdad. Cuando trata de definir el espíritu que debe informar estas famosas conferencias, sugiere muy claramente, que la libertad de pensamiento es esencial en la búsqueda de la verdad. Insiste por ello en que todas las opiniones, incluso las contrarias a la Escuela de París, sean libremente expresadas, porque «la experiencia diaria nos hace ver que no hay mayor enemigo para la ciencia que el impedir la investigación de la verdad ya que esta aparece, principalmente, en la oposición de puntos de vista contrarios».

En el caso de Renaudot, asistimos continuamente a nuevos y atinados desarrollos de los procesos en curso, que van formando cada vez una malla más densa y ordenada de acontecimientos. Al poco tiempo de la iniciación de las conferencias del buró, se pensó en publicarlas agrupadas y así se hizo, siendo el encargado de la tarea Eusebe, hijo de Renaudot, apareciendo la primera, con el título *Recueil général des questions traitées ès Conférences du Bureau d'adresse* y dedicada a Su Eminencia el Cardinal Richelieu, el día 18 de agosto de

1634, precisamente el día en que el pobre Urbain Grandier era quemado públicamente en la lejana Loudun. Las conferencias se solían agrupar por centenas y se editaron cinco volúmenes, a lo largo de los años 1634 al 1643, cada uno con cien temas tratados, constituyendo uno de los primeros ejemplos de periodismo científico (figura 5).

TROISIEME  
CENTVRIE  
DES  
QUESTIONS

TRAICTEES AVX CONFERENCEES DV  
Bureau d'Adresse, depuis le 18. Fevrier 1636.  
jusques au 17. Janvier 1639.

DEDIEE A MONSIEVR  
De Bastru.

Avec vne Table des Matieres.



A PARIS,  
Au BUREAV D'ADRESSE, rue de la Calandrie,  
au grand Coq. 1639.  
AVEC PRIVILEGE.

Figura 5.

Es curioso que no se da el nombre de los participantes en las mismas, sino que se les designa por simples números, interviniendo dos, tres, cuatro y hasta siete u ocho en algún tema. Tampoco se destacaba ninguna conclusión editorial de los temas tratados, prefiriendo que cada lector, leído todos los pareceres, se esforzara en sacar sus propias conclusiones. Ya escribí que se utilizaba sólo el francés

y se buscaba también el no mencionar, en general, autoridades para reforzar los propios asertos. En la idea, no descabellada, de que si un autor habla con razón, ella debe ser la autoridad suficiente. Y si no, ninguna otra autoridad, «fuera de la ley divina y la del Príncipe» —como se ve, siempre se es muy cuidadoso, en lo que se dice y en cómo se dice— debe valer nada para forzar a las almas libres.

Los temas son de lo más variado y los títulos a veces nos hacen pensar en la relativa banalidad de lo tratado y discutido. Vamos a citar, para dar un ejemplo de estas conferencias, la del lunes, 23 de enero de 1640: «*Si les grosses testes ont plus d'esprit que les autres*», que traduzco inmediatamente, porque la particular grafía del francés de la época podría inducirnos a graves errores sobre la sustancia de lo debatido, «Sobre si las cabezas (*testes* equivale a *têtes*, en el francés actual) grandes son más inteligentes (tienen más espíritu) que las otras». Ya el tema no parece excesivamente serio, pero si además uno se confunde al traducir, el asombro de cualquier ingenuo lector estaría más que garantizado.

El orador número uno (ya señalé que no se dan nombres en estas noticias sobre las conferencias, en estas verdaderas actas) viene a decir, resumiendo, que las cabezas grandes no son buenas «porque los espíritus vitales tienen que hacer un camino más largo para insinuarse en la admirable red en donde son elaborados», en lo que creo, personalmente, que llevaba razón, y cita a Aristóteles, en el capítulo sexto de su *Fisonomía*, y a

Avicena que también elogia las cabezas pequeñas, «porque en ellas se concentra más la fuerza y el vigor de la virtud formatriz», lo que también me parece básicamente correcto. Y Polemon y Adamantius aseguran que los de cabeza grande tienen un espíritu pesado e indócil, en lo que, igualmente, me parecen ambos atinadísimos.

El orador número dos dijo que la naturaleza no hace nada en vano y odia el vacío, como es bien sabido. Por ello, si a alguno le da una cabeza grande por algo será. Y también lleva razón, si se mira bien. Citó el conferenciante a Alberto Magno, quien dijo que la cabeza grande es señal de buen sentido, virtud y magnanimidad, lo que pienso cabalmente que no puede negarse. Santo Tomás también afirma que los de cabeza pequeña son impetuosos y violentos. Eso lo sabe todo el mundo, pienso yo. En fin, añadió el segundo orador para terminar, que buscar una gran inteligencia en una cabeza pequeña es como querer encontrar un gran tesoro en una cajita y la corrección y plasticidad del ejemplo, a mi entender, sí que no admiten discusión. Como se habrá visto, yo creo, para concretar, que todos llevaban razón, por lo que hay que concluir que hay listos con la cabeza pequeña y listos con la cabeza grande. Sin olvidarse de los que son listos y tienen una cabeza que no es ni grande ni pequeña, sino de tamaño intermedio, que son la mayoría, según las leyes omnipresentes de la estadística. Y una última apreciación, si se me permite. No se crea que este tipo de discusiones ligeramente descabelladas se ha acabado definitivamente. Hay,

con seguridad, en el momento actual, más de una docta corporación enfrascada en temas parecidos, en el fondo, y con argumentos y citas más o menos comparables.

No quisiera dejar al lector con una idea demasiado sesgada de las conferencias de Renaudot. Por citar otra, me referiré a la número 327, del lunes, 14 de abril de 1642, sobre el tema de los átomos. En ella se dice: «A Demócrito se le atribuye la concepción de los átomos, así nombrados por su pequeñez, que los hace invisibles, e incapaces de ser separados o divididos en otras partículas menores [...] Estos átomos pasan por principios en los cuerpos naturales y nos son enteramente desconocidos, estando hechos de principios infinitos que no pueden caer bajo nuestro conocimiento». Como se ve, aquí el lenguaje es más científico, aunque no se puede olvidar que estamos a mediados del siglo XVII. Y se hace una predicción errónea, la de nuestra incapacidad para conocer la naturaleza. En esto se equivocaron los conferenciantes, como tal vez nos equivoquemos nosotros cuando imaginamos metas imposibles para nuestras posibilidades de conocimiento. Quién sabe a qué alturas, o a qué tinieblas, estamos llamados los humanos.

### Consultas médicas a distancia

El éxito de las consultas de caridad establecidas en el Bureau d'adresse fue tal que, dado que algunos pacientes estaban demasiado enfermos como para poder trasladarse hasta allí, se instituyó un servicio a domicilio,

capaz de hacer la misma labor en el caso de los pacientes inmovilizados. Y, otra vez, una de las fértiles ideas de Renaudot inaugura una vía novedosa y práctica para extender este beneficio, incluso a ciudadanos que viven fuera de París y por lo tanto no pueden beneficiarse del mismo. En efecto, la fama del médico de París se extiende lo suficiente como para que enfermos de provincias, que no pueden desplazarse hasta la capital, envíen, espontáneamente, un resumen escrito de sus dolencias y de los tratamientos recibidos, para aprovecharse así de los cuidados dispensados en el establecimiento de la calle de la Calandra. Se decidió más tarde que, para facilitar estas consultas, tales pacientes no tendrían ni que escribir sus nombres, ya que esto no sirve de nada

para la curación del enfermo. Y enseguida, como tantas otras veces, una medida extremadamente práctica e inteligente, que recuerda incluso enfoques modernos a la hora de planear consultas, especialmente en el campo de la medicina preventiva. En 1642, aparece un pequeño libro, de aspecto sencillo, con el título: *La présence des absens, ou facile moyen de rendre présent au medecin l'estat d'un malade absent; dressé par le docteurs en médecine consultants charitablement à Paris pour les pauvres malades* (figura 6). Es este un libro realmente original y raro, que fue descubierto al final del siglo XIX en la biblioteca de la Facultad de Medicina de París por Georges Gilles de la Tourette, uno de los primeros biógrafos de Renaudot. Este autor es

LA  
PRESENCE  
DES ABSENS,

OU FACILE MOYEN  
de rendre présent au Médecin  
l'estat d'un malade absent.

*Dressé par les Docteurs en Médecine Consultants charitablement à Paris pour les pauvres malades.*

Avec les figures du corps humain, & Table servant à ce dessein: Ensemble l'instruction pour s'en servir, mesmes par ceux qui ne sçavent point escrire.

A PARIS,

Au Bureau d'Adresse, rue de la Calandra, au grand Coq.

M. DC. XLII.

AVEC PRIVILEGE.

21383.

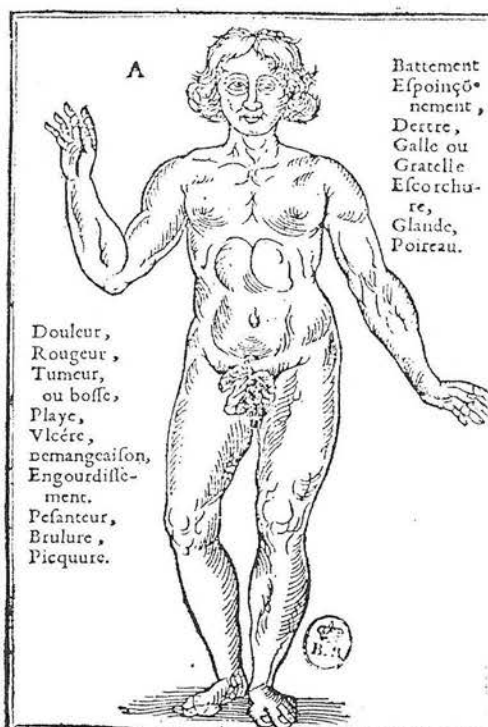


Figura 6.

el mismo que describió, en 1885, el síndrome que lleva su nombre, un trastorno neurológico complejo y espectacular, normalmente hereditario y que afecta a todas las razas, siendo tres veces más frecuente en los hombres que en las mujeres.

Existe otro ejemplar de este mismo libro en la Biblioteca Mazarino. A pesar de la autoría múltiple especificada en el título, quizá fue redactado exclusivamente por el propio Renaudot. El libro se dirige, sobre todo, a los boticarios y cirujanos que ejercen en las zonas rurales y que, con la ayuda del mismo, podían redactar una memoria bastante precisa de la condición del enfermo al *Bureau d'adresse* y esperar la oportuna respuesta. Es una innovación modesta, pero que, como en tantas otras ocasiones, cumple un propósito y ayuda verdaderamente a la resolución de problemas concretos. De hecho no tardan en aparecer continuadores en esta tradición de libros que tratan de enseñar y vulgarizar los modos de diagnosticar las enfermedades y fabricar los oportunos remedios. Veo, en una oferta de libros raros, la obra muy difícilmente encontrable de Philibert Guybert (c. 1579-1633), que se llama *Le Médecin charitable, enseignant la maniere de faire et préparer en la maison avec facilité et peu de frais, les remèdes propres à toutes maladies, selon l'avis du Médecin ordinaire...* Es un libro de 1646, editado en Lyon, en el que se recogen los trabajos sobre la preparación de simples y compuestos, sobre las pestes, el embalsamamiento de cadáveres y las propiedades falsamente atribui-

das por algunos a la piedra bezoar, que se halla en el estómago de ciertos animales.

### La publicación de la *Gazette* y el principio de la prensa francesa

A pesar de las múltiples actividades de Renaudot, por lo que este es conocido fundamentalmente es por su papel central en el nacimiento del periodismo francés y a describir este papel nos dedicaremos ahora. En realidad, si hemos de ser completamente precisos, el primer periódico que se publicó en Francia no fue el de Renaudot, sino que el 16 de enero de 1631, un librero parisino, Louis Vendorsme, con el que se alían dos impresores, Jean Martin y François Pomeray, publican el primer número de *Nouvelles ordinaires de divers endroits*. Sólo por el título resulta evidente que nos encontramos frente a un auténtico periódico, en el sentido actual del término. Estas *Nouvelles* aparecen de manera regular, el viernes de cada semana. La amplitud de miras de los promotores se demuestra además por el hecho de que, en julio de ese mismo año, hacen un contrato de asociación con un ciudadano de nombre Epstein para que este se encargue de traducir todas las noticias que provengan de Alemania. El primer número de la *Gazette*, el periódico de Renaudot, se publicó el 31 de mayo del mismo año y es, por consiguiente, unos pocos meses más tardío. Pero las poderosas influencias de este último empiezan a funcionar y, quizá aconsejado por el propio Richelieu, Renaudot no vacila en apropiarse al

traductor alemán, por lo que Vendosme y sus asociados inician un proceso legal contra el médico que, evidentemente, están condenados a perder. No sólo eso, un decreto del Consejo del Rey, hecho público el 18 de noviembre del mismo año, prohíbe a Vendosme y a cualquier otro la publicación de sus *Nouvelles ordinaires* bajo la pena de castigo corporal y señala que se impedirá cualquier intento de interferir con la impresión y venta de la *Gazette* con penas que podrán llegar hasta las seis mil libras de multa. Vendosme continúa valientemente la impresión de sus noticias un poco más, hasta mediados de diciembre, pero finalmente cede ante el poderoso adversario. Detrás de Renaudot está, todo el mundo lo sabe, Richelieu. Es un caso de censura efectiva, de control (desaparición, en esta ocasión) de un periódico, que se va a repetir en miles de casos a lo largo de la historia del periodismo. La información es un arma potente que no puede dejarse en las manos de los que no estén dispuestos a permanecer incondicionalmente de nuestro lado.

Estos son los hechos y no se pueden negar. Muchos periódicos han nacido así. ¿Qué precio ha de pagar nuestro médico por el privilegio acordado? Naturalmente, el de la fidelidad extrema, la devoción incondicional hacia Richelieu, que se aprovecha abundantemente de la situación y manda a veces, directamente, el texto de las noticias que se han publicar, por medio de alguno de sus secretarios, bien Lucas, paisano de Renaudot, bien Michel Le Mesle, canónigo de Nostre-Dame y muy amigo del mé-

dico que, por cierto, se ha convertido al catolicismo, abjurando de su fe protestante, en el año 1626, recién llegado a París. París bien vale una misa, se ha dicho siempre. El editor de las cartas del cardenal dice en un cierto momento: «La *Gazette* de Renaudot, en réalité, la *Gazette* de Richelieu...». Daré sólo un ejemplo de este control minucioso. El 15 de septiembre de 1638, hubo un choque entre galeras españolas y francesas cerca de Génova. El cardenal le escribe a Chavigny, el secretario de Estado para Asuntos Extranjeros: «Le ruego que ordene a Renaudot (el cardenal sabe guardar las formas y hace llegar los mensajes a través de los Secretarios de Estado competentes, por pura cortesía burocrática) que no imprima nada de esta acción hasta que yo le envíe la relación». El hecho ocurrió el día 15, el texto del cardenal llegó a redacción el 17 y apareció en la *Gazette* del día 20. Richelieu tiene muy claro el papel de este periódico. Es un órgano de propaganda para el uso, disfrute y ventaja del país, del rey y, desde luego, de él mismo.

Todo lo dicho hasta ahora habría que anotarlo, sin duda, en el «debe» de Renaudot. Hay que decir, sin embargo, que antes de la publicación de Vendosme, y antes de la *Gazette*, naturalmente, ya se imprimía por Renaudot, como escribimos antes, un *Inventaire des Adresses du Bureau de Rencontre*, que tenía una periodicidad trimestral y en la que se podían insertar noticias sobre todas las necesidades y bienes de la vida y sociedad humanas, con permiso del rey. Estos inventarios fueron descubrier-

tos por el historiador Edouard Fourrier, en el siglo XIX, que señaló la existencia de uno fechado el 1 de septiembre de 1633 y que lleva el 15 como número de orden, lo que, dada la periodicidad trimestral ya apuntada, permite suponer que el primer número debió de aparecer hacia mediados del año 1629. De hecho, a partir de la publicación de la *Gazette*, estas «hojas de inventario» siguieron imprimiéndose y eran consideradas como una especie de anexo de la propia *Gazette*. Es verdad también que estas hojas no tienen el carácter claramente periodístico, según nuestro concepto actual, que tiene la *Gazette*. ¿Qué más hay que apuntar en su «haber»? Para empezar, el manejo imparcial de toda la información que no tenga carácter político. Hasta aquí no llega la larga mano del cardenal, simplemente porque no le interesa. También el estilo, la forma, la dignidad literaria del periódico, que es responsabilidad exclusiva de nuestro médico. A este respecto, Renaudot habla siempre muy modestamente de su obra y se refiere al estilo pesado y elemental de su prosa, pero un conocedor de la materia, Jean-Louis Guez de Balzac (1597-1654), no cesa de pronunciar elogios sobre el tema. Este Balzac no era un cualquiera; era un escritor francés, que vivió unos años en Italia y había publicado, a los veintiséis años, una colección de cartas, que había tenido un gran éxito en toda Europa. Póstumamente, se publicaron de él *Les Entretiens* y la que quizá es su obra maestra *Aristippe*. Volviendo a Renaudot, también son logros claros la organización del pe-

riódico. Edita números extraordinarios cuando la actualidad lo exige, saca a la calle, con periodicidad mensual, una *Relations des Nouvelles du Monde* y promueve la aparición de ediciones regionales de sus revistas. También publica resúmenes de las noticias acaecidas durante un cierto período de tiempo; por ejemplo, las de un año, normalmente el anterior a la fecha de impresión (figura 7). Todo esto es completamente nuevo y, sin embargo, se parece ya mucho a lo que sería la distribución de un diario moderno.

RECVEIL DES  
**GAZETTES**  
 de l'année 1631.

DEDIE' AV ROY.

AVEC VNE PREFACE SERVANT  
 à l'intelligence des choses qui y sont contenües.

Et vne Table alphabetique des matieres.



Au Bureau d'Adresse au grand Coq, rue de la Calandse,  
 sortant au marché neuf près le Palais à Paris.

M. D C. XXXII.

Avec Privilège.

Figura 7.

En conjunto, quizá no sea excesiva la calificación de Renaudot como padre de la prensa francesa, porque, como

hemos visto, la *Gazette* es verdaderamente un periódico. Su fundador tiene ideas modernas y certeras sobre la propia esencia del periodismo de noticias, distinto al periodismo de elaboración o de análisis, que rezuman un buen sentido aplastante. Se da cuenta de las servidumbres que impone la necesidad de servir la noticia con celeridad e inmediatez. Pone como ejemplo los mercaderes que por no ser diligentes en sus negocios dejan que la moda cambie y se encuentran con que su mercancía ha quedado anticuada. Esto no debe ocurrir con las noticias. Confiesa que en algunas ocasiones habría deseado esperar un poco para confirmar plenamente una información, pero que entonces esta habría perdido el derecho al nombre (en francés, *nouvelle* tiene también, como se sabe, el sentido de novedad, como la palabra 'nuevas' en español). Por ello reflexiona sobre el carácter provisional de las verdades periodísticas y, hablando de su *Gazette*, dice: La historia es el relato de las cosas que han sucedido, la *Gazette* es sólo el ruido, el rumor, que corre. La primera está obligada a decir la verdad; la segunda hace bastante con impedir la mentira. Por debajo de la *boutade*, del juego de palabras, hay algo de pertinente y atinado en el aserto de Renaudot. Hay que entender, otra vez, los escasos medios de la época, la carencia de corresponsales destacados en los lugares en que ocurren los hechos, los difíciles mecanismos de verificación. Naturalmente que el periodista está obligado a decir la verdad, en la misma medida que el historiador. Pero carece de la tranquili-

dad y la perspectiva de este y su verdad no puede tener el mismo grado de certeza, de credibilidad. En el fondo, sigue siendo un poco así, incluso en la actualidad.

### Las cosas cambian tras la muerte de Richelieu

El cardenal Richelieu muere el 4 de diciembre de 1642 y le sigue poco después el rey, Louis XIII, el día 14 de mayo del año siguiente. Renaudot queda solo, sin sus valiosos protectores, y tendrá que vivir hasta 1653 frente a poderosos enemigos. Pierde el contencioso, largo, duro y terrible, con la Facultad de Medicina de París. A demanda de ésta, el parlamento publica un decreto, el 1 de marzo de 1644, en el que falla en contra de las pretensiones de Renaudot y le hace perder todos sus privilegios, excepto el de seguir publicando su periódico. Guy Patin, el decano de la facultad, su antiguo y encarnizado enemigo, escribió en su diario, con fecha 8 de marzo, lo que sigue: «La Corte ha confirmado la sentencia de Châtelet y ha ordenado que el 'gacetero' cese en todas sus conferencias, sus consultas de caridad, todos sus préstamos sobre prendas y sus otros negocios villanos. Hasta sus hornos de química, por miedo, como ha dicho M. Talon, de que este hombre, tan ansioso de apoderarse de todo, con derecho y sin derecho, no tenga, por fin, el deseo de hacer allí moneda falsa». Renaudot sigue, pues, con el periódico y lo hace sin interrupción y con perseverancia. Trata de defenderse y recuperar algunos de los antiguos be-



neficios, pero todo ha cambiado tras la muerte del cardenal; su relación con Mazarino, al que supo convencer de la utilidad de continuar con la *Gazette*, es radicalmente distinta. Sigue teniendo, sin embargo, vínculos y relaciones con la familia real. De hecho, en el invierno de 1649, cuando el nuevo rey, Louis XIV, se ve obligado a abandonar París, a causa de la llamada rebelión de la Fronda, Renaudot le seguirá hasta Saint-Germain, para seguir allí imprimiendo su periódico, para contestar todos los libelos de los frondistas. Un poco más tarde, en julio del mismo año, hasta recibe las oportunas credenciales, firmadas por el rey con la contrafirma de la reina regente, que le ennoblecen, a él, sus hijos y su descendencia. Y como nunca se sabe, sus hijos permanecen en París, publicando, ellos también, el *Courrier François*, que es favorable en cambio a los frondistas. Como tantas veces, en casos parecidos, en el seno de la misma familia hay tendencias y simpatías opuestas, una desgracia más en el tormento de cualquier guerra o enfrentamiento civil.

A pesar de todo, sus últimos años no fueron felices, ensombrecidos además por un segundo matrimonio que no resultó bien. Su salud no era buena y en el mes de julio de 1652 tuvo ya un primer ataque de parálisis, un accidente vascular cerebral con toda probabilidad. Muere el 25 de octubre de 1653, medio arruinado económicamente, tras quince meses de enfermedad, en el apartamento que había tenido en los últimos tiempos, desde 1646, dentro del palacio del Louvre, como historiador real. El funeral tuvo

lugar al día siguiente en la iglesia de Saint-Germain l'Auxerrois, en donde fue enterrado. Una lápida de 1986 señala el emplazamiento de su sepultura.

### **Final: Los principios de la prensa escrita**

Son ya muchas las páginas y hemos de terminar. Querría, sin embargo, para situar definitivamente al lector y poder valorar la contribución real de Renaudot al nacimiento de la prensa escrita en su país, decir algo, muy brevemente, sobre los orígenes de las publicaciones periódicas. Existen excelentes obras que tratan sobre el tema y un resumen adecuado puede encontrarse en cualquier buena Enciclopedia.

Ya en tiempo de los romanos, los pontífices creados por Numa Pompilius redactaban efemérides que se hicieron públicas en tiempos de algunos de los Appius Claudius. En la época de Julio César existía un *Acta Diurna* desde el año 59 a. de C. Eran, naturalmente, copias a mano que se colocaban en las plazas y puestos en los que se congregaba el pueblo con objeto de recibir la información. También se enviaban copias a provincias. En ellas se daban no sólo noticias de carácter oficial o político, edictos, normas, etc., sino que se informaba sobre las luchas de los gladiadores, los matrimonios de la gente de relieve, los nacimientos y muertes de ciudadanos, los juicios, las ejecuciones y los horóscopos. En fin, prácticamente, el contenido de cualquier periódico moderno. Debían de existir copias privadas porque Juvenal menciona el

caso de una dama romana que solía pasar sus mañanas leyendo estas noticias. Además, para los acontecimientos, discursos y réplicas en el Senado, había también un *Acta Senatus*, de circulación mucho más restringida. Las persecuciones a los cristianos también obligaron a los fieles a redactar las *Actas de los Mártires*. En un ambiente cultural muy distinto, en la lejana China, existían, desde los tiempos de la dinastía Tang, en el año 618, publicaciones regulares, los «pao», como el llamado por los extranjeros *Peking Gazette*, que circulaban entre los funcionarios del Estado, para informar sobre las distintas medidas de gobierno y las disposiciones de carácter general. Un poco más antiguo era el mensual *Peking News* (Tsing-Pao), que se remonta a principios del siglo VI.

En Occidente, con la caída del Imperio Romano desaparecen las condiciones para la continuación de estos precursores de la prensa escrita y durante siglos no hay nada interesante que reseñar en este sentido. La invención de la imprenta modifica profundamente las posibilidades de difusión de las noticias, pero con ella no empiezan inmediatamente los periódicos, en el sentido actual. Existen, ya a principios del siglo XVI, panfletos u hojas de noticias que sirven para informar sobre hechos o temas concretos, como guerras, epidemias, noticias de interés general, llegadas de barcos o bienes, etc. En Inglaterra, por poner un ejemplo, Richard Fawkes, en septiembre del 1513, publica uno de estos panfletos, titulado *The Trew Encountre*, con cuatro

hojas, sobre la batalla de Flodden Field, en el que se describen por un testigo presencial los pormenores de la lucha y se dan los nombres de los caballeros ingleses que participaron en la victoria sobre los escoceses. En la república de Venecia se da una variante que explica el nombre que adoptaron después diversas publicaciones y es que, en 1563, con motivo de la guerra contra los Turcos, las noticias sobre la misma se leían en recintos en los que, para entrar, había que pagar una cierta cantidad, una *gazetta*, una moneda de la época de no excesivo valor. Palabra que sirvió luego para nombrar a muchos periódicos de los distribuidos comercialmente y, como se sabe, al publicado por Renaudot. Otro nombre que hizo fortuna para titular los periódicos fue el de Mercurio (el mensajero de los dioses en la mitología griega).

Durante la Edad Media, a medida que se desarrolla el comercio, empresas que se dedicaban al intercambio de bienes publican cartas en las que se dan noticias de índole comercial y en las que se insertan también informaciones sobre otros sucesos de interés, como guerras, estado de las comunicaciones, epidemias, etc. A estas publicaciones les faltan muchas de las características típicas de lo que es un periódico y no son consideradas como tales, aunque empiezan a surgir otras en las que la distinción no es tan inmediata o fácil. En Strasbourg se publica, en 1609, por Johan Carolus, una *Relation*, que ya es para algunos un periódico propiamente dicho. Lo mismo ocurre con una publicación en los Países Bajos, obra de Abraham

Verhoeven, de Amberes, que se llama *Nieuwe Tijdingen* y que podría ser el primer periódico moderno, porque parece que empezó en 1605, aunque el ejemplar más antiguo que se conoce, con fecha, es de 1621. En Alemania hay un *Deutsche Frankfurter Zeitung*, un semanario empezado por Egenolph Emmel, que es de 1615. En Suiza las publicaciones de este tipo más antiguas son del año 1610; en Inglaterra, de 1621, aunque en realidad se trata de una traducción, por Nathaniel Butter, de un *coranto* holandés<sup>\*</sup>; en Dinamarca, son de 1634. El primer periódico inglés propiamente dicho podría ser el *Oxford Gazette*, de 1665. En este cuadro europeo, en el que las fechas están bastante próximas, indicando una eclosión generalizada y contemporánea del fenómeno, es en el que hay que situar la *Gazette* de Renaudot que, ciertamente y con las vicisitudes relatadas más arriba, constituye el primer periódico francés, en sentido moderno, y hace que Renaudot, efectivamente, pueda ser considerado como el iniciador de la prensa francesa. Es la historia de un médico, que hace Medicina —además, una Medicina de muy amplias miras— y que, al mismo tiempo, es capaz de una profunda innovación en el área de la comunicación.

Querría decir unas palabras sobre España. En tiempo de Carlos V, e incluso antes, corrían impresas cartas o relaciones con noticias de diverso contenido, que a veces se reimprimían en

provincias y hasta cruzaban el océano y llegaban al Nuevo Mundo. Una de las más antiguas, por ejemplo, es la que lleva por título *Entrada que los Reyes hizieron en Madrid de buelta de su casamiento de los reinos de la Corona de Aragón*, impresa el 24 de diciembre de 1599, por Clemente Hidalgo, en la calle de la Plata, de Sevilla, que se refiere a la boda, en abril de dicho año, del rey Felipe III y su prima Margarita, archiduquesa de Austria. En Madrid apareció, un poco más tarde, en el año 1606, la *Relación de los sucesos que tuvo Don Luis Fajardo, capitán general de la Armada de la Italia, con los navíos de olandeses...* Como se ve, publicaciones análogas a las de otros países europeos. Durante el reinado de Felipe IV, un caballero que se firma Andrés de Almansa y Mendoza, y otras veces solamente Mendoza, dio a conocer «cartas de noticias», cada tres meses, siendo la primera del 13 de abril de 1621 y la décimo séptima del 15 de abril de 1626.

En Madrid, en enero de 1661, aparece el primer número de la Gaceta, que se publica mensualmente, con cuatro hojas en 4.º. Ese primer número llevaba por título: *Relación o gazeta de algunos casos particulares, assí políticos como militares, sucedidos en la mayor parte del mundo, hasta fin de diciembre de 1660*. Y dice al final: *Con licencia en Madrid, por Julián de Paredes, impresor de libros en la Plaçuela del Ángel, año de 1661*. En

(\*) La palabra *coranto* parece derivar del francés «*courante*» y se refiere en la época a colecciones de noticias, compendiadas y provenientes muchas veces de países extranjeros. El equivalente actual, en inglés, sería «*current*».

esta primera época dejó de publicarse en 1663, pero tiene continuaciones, con otros nombres. Ya en la primera página se decía que «las gacetas semanales son algo habitual en Francia, Italia y es conveniente que en España haya una, aunque será mensual». Se considera autor de la misma a Francisco Fabro Bremundans, natural de Borgoña y secretario de D. Juan José de Austria, hijo ilegítimo del rey Felipe IV y María Calderón, la famosa «Calderona». Por estas razones, la gaceta cumple la misión de glorificar la figura de D. Juan y ayudarle en su camino al trono, no juzgada improbable por la pobre salud del que luego sería Carlos II. Era un claro instrumento de propaganda, como vimos que ocurría con la de Renaudot. A la muerte del rey, en 1665, la reina, Mariana de Austria, envió a Bremundans a Zaragoza y después al País Vasco, en donde funda gacetas que siguen alabando a D. Juan, mientras que ella se hace cargo de la Gaceta de Madrid, al servicio y mayor gloria de su hijo, el Infante D. Carlos. El periodismo y la política siempre, casi siempre, unidos. En 1677 surgió la *Gaceta ordinaria de Madrid*, de periodicidad semanal, que llegó sólo hasta el 2 de abril de 1680. Y no seguimos más. Todas estas publicaciones son algo más tardías que las que mencionamos antes, refiriéndonos al resto de Europa.

Pronto nace también la prensa satírica en nuestro país. Me limitaré a contar la historia de una gacetilla, manuscrita, llamada *El duende crítico de Madrid*, de los años 1735 y 1736, anónima y dirigida principalmente

contra el ministro de Felipe V, Don José Patiño, y contra la reina. El primer número lleva la fecha del 8 de diciembre del 1735 y empieza así:

Yo soy en la Corte  
un crítico Duende,  
que todos me miran  
y nadie me entiende.

El manuscrito llegaba a ser introducido clandestinamente en Palacio y aparecía a veces oculto en la servilleta de la reina o en la misma casaca del ministro, del propio Patiño. Se hicieron grandes diligencias para averiguar quién era el autor de estos panfletos satíricos y después de un cierto tiempo, en Talavera de la Reina, se prendió al responsable, que resultó ser el Padre Fray Manuel de San José, un carmelita, de nación portuguesa, que había sido militar antes, oficial de un regimiento de Dragones portugués. Como el francés Padre José, como Lope de Vega, como Calderón de la Barca, como tantos otros. Lo trajeron preso a Madrid, fue internado en el convento de las Carmelitas Descalzas y se fugó de allí en la noche del 17 de marzo de 1737. Se fue a Portugal, después a Italia y luego, seguramente cuando le apeteció, se volvió a España.

Renaudot había también publicado las colecciones de las Conferencias, siendo uno de los iniciadores de la literatura científica, como se refirió más arriba. En cuanto a nuestro país, y por lo que respecta a la prensa médica, probablemente la primera publicación es la *Efemérides barométrico matritenses* (sic), que data de 1734, cuando se concedió carácter oficial a la Academia de Medicina y Ci-

rugía. Nunca tuvo menos de 8 páginas en 4.º, tiradas en la Imprenta Real y de periodicidad mensual. Recogía observaciones médicas y también meteorológicas. Sólo en Francia, señala el doctor Ángel de Larra y Cerezo, en 1905, en su *Historia resumida de la prensa médica en España*, ha existido una prensa médica más antigua. Todas las demás, de los demás países, son posteriores. Y sigue diciendo, hablando de esta prensa especializada, «diez periódicos más hay en España en el siglo XVIII, cuando sólo hay otras diez o doce en el resto del mundo». Es decir, que «la vitalidad periodística de España durante esa centuria se igualó, con sus once o doce millones de habitantes en la Metrópoli, á la de varias centenas de millones de hom-

bres en el resto del globo». Eso lo dice después de señalar que todas las comparaciones son odiosas, etc. Y por si alguien se desmanda en sus pensamientos, el Dr. Larra y Cerezo, que está en todo, se anticipa en decir que no le mueve el patriotismo al desvelar estas cosas, sino sólo el deseo de que sean conocidos los hechos. Para quien quiera entender... Con estas consideraciones altamente optimistas, terminamos estas páginas que espero que hayan servido para retratar y recrear el ambiente de una época, más o menos restringida en el tiempo, en Francia y en la Europa occidental. ◀

---

F. L. Redondo Álvaro, *Consejero del I.E.G.*

---

## Referencias bibliográficas

1. THE NEW ENCYCLOPEDIA BRITANNICA, edición decimoquinta, 1988.
2. MICHAUD, J. FR.: «Biographie universelle ancienne et moderne». Graz: Akademische Druck- u Verlagsanstalt, 1966.
3. HARTZENBUSCH, EUGENIO: «Periódicos de Madrid». Madrid: Aribau, 1876.
4. LARRA Y CEREZO, ÁNGEL DE: «Historia resumida del periodismo médico en España». Madrid: Ricardo Rojas, 1905.
5. MÉNDEZ ÁLVARO, FRANCISCO: «Historia del periodismo médico y farmacéutico en España». Universidad de Valladolid: Ediciones del Seminario de Historia de la Medicina, 1978.
6. FERNÁNDEZ SANZ, JUAN JOSÉ: «De prensa médica». Madrid: Fundación Instituto Homeopático y Hospital de San José, 2001.
7. FERNÁNDEZ SANZ, JUAN JOSÉ: «La prensa homeopática española en el siglo XIX». Madrid: Fundación Instituto Homeopático y Hospital de San José, 1999.
8. HUXLEY, ALDOUS: «Les diables de Loudun». Paris: Plon, 1979.
9. THE COLLECTION BOULLIAU: AN INVENTORY. American Philosophical Society, 1982.
10. TEXIER, J.: «Les procès d'Urbain Grandier». Thèse de doctorat, 1953.
11. CARMONA, M.: «Les diables de Loudun». Paris, Fayard, 1988.
12. CERTEAU, M. DE: «Les possessions de Loudun». Paris, Julliard, 1970.
13. URBAIN GRANDIER, drama en cinco actos, A. Dumas y A. Maquet, representado en París por primera vez el 30 de marzo de 1850.
14. ALBERT, PIERRE: «Les débuts de la Presse en France». 63e Conférence générale de l'IFLA, París, 31 août-5 septembre, 1997.
15. THÉOPHRASTE RENAUDOT, UN HOMME D'INFLUENCE AU TEMPS DE LOUIS XIII ET DE LA FRONDE. Le Pré aux Clercs, 1987.
16. HATIN, E.: «Bibliographie de la presse». Didot Frères et Com., 1866.
17. TOURETTE, GILLES DE LA: «La vie et les oeuvres de Renaudot». Ed. du Comité, 1892.
18. DELAVAUULT, ROBERT: «Théophraste Renaudot: la plume et le Caducée». Cosmogone, 2001.
19. BAILLY, AUGUSTO: «Richelieu». Madrid: Espasa Calpe, colección Austral, n.º 1433, 1969.
20. LAÍN ENTRALGO, PEDRO: «Historia de la Medicina». Barcelona: Salvat editores, 1977.
21. LÓPEZ PIÑERO, JOSÉ MARÍA: «Historia de la Medicina». Madrid: Historia 16, 1990.
22. HUXLEY, ALDOUS: «Los demonios de Loudun». Barcelona: Altaya, 1996.
23. DUMAS, A.: «Urbano Grandier», drama. México: Lara, 1850.
24. DUMAS, A.: «El mártir Urbano Grandier». Madrid: Conferencia Europea de Comunicación e Información, 1991.
25. PINEDO, MANUEL DE: «Urbano Grandier», tragedia. Granada: Ilibevis, 1977.
26. MAZAURIC, SIMONE: «Savoirs et philosophie à Paris dans la première moitié du XVIIe siècle». Paris: Sorbonne, 1997.
27. RENAUDOT, THÉOPHRASTE: «Recueil des gazettes et nouvelles ordinaires et extraordinaires et autres relations des choques. Paris: 1645. (B. N.)
28. RENAUDOT, THÉOPHRASTE: «A question, which is most important to be esteemed, an inventive wit, judgement or courage?» London: 1640. (B. N.)
29. SAINTE-MARTHE, SCÉVOLE DE: «Elogia Doctorum in Gallia virorum qui nostra Patrumque memoria floruerunt». Jenae: apud Ernestum et Claudium Bailliar, 1696. (B. N.)
30. SAINTE-MARTHE, SCÉVOLE DE: «La manière de nourrir les enfants à la mammelle». Paris: G. De Lyne, 1698. (B. N.)
31. LEVY, ANTOINE: «Cardinal Richelieu». Barcelona: Ariel, 2002.
32. BERGIN, JOSEPH: «Cardinal Richelieu: power and the pursuit of wealth». New Haven: Yale University Press, 1985.
33. HANOTAUX, GABRIEL: «Histoire du cardinal Richelieu». Paris: Société de l'Histoire Nationale, 1932.

34. ANDREAS, WILLY: «Richelieu». Madrid: Universitarias Nájera, 1988.
35. BELLOC, HILAIRE: «Richelieu». Barcelona: Juventud, 1971.
36. LYTTON, SIR EDWARD BULWER: «Richelieu», drama en cinco actos y nueve cuadros, traducido por Jacinto Benavente. Madrid: Los Contemporáneos, 1920.
37. «Testament politique de Richelieu», édité par Françoise Hildesheimer. Paris: Societé de l'Histoire de France, 1995.
38. LAÍN ENTRALGO, PEDRO: «Historia universal de la Medicina», 7 vol. Barcelona: Salvat, 1972.

Nota: Esta es una bibliografía general y no todos los libros o documentos que se incluyen en ella han sido consultados por el autor del presente trabajo. Algunos, evidentemente, porque son de difícil acceso. Sin embargo, otros, aunque son libros raros y antiguos, del siglo XVII, pueden ser encontrados en nuestra espléndida Biblioteca Nacional y vienen indicados con la seña (B. N.). Se ha respetado la grafía de la época.